

CUENTOS ETICOS PARA NIÑOS

CUENTOS ETICOS PARA NIÑOS

By

Ruth Bland Miller

Bachelor of Science

Oklahoma Agricultural and Mechanical College

Stillwater, Oklahoma

1927

Submitted to the Department of Foreign Languages

Oklahoma Agricultural and Mechanical College

In Partial Fulfillment of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF ARTS

1947

DEC 8 1947

APPROVED BY:

Anna L. Oersler
Chairman, Thesis Committee

Arnold.
Member of the Thesis Committee

Arnold.
Head of the Department

W.C. M. Jitoch
Dean of the Graduate School

PREFACIO

Esta tesis tiene por objeto hacer una selección, adaptación y traducción de dieciocho cuentos éticos. Es mi anhelo que sirvan para usarse en los colegios primarios o en las escuelas bfblicas de vacaciones en la América Latina.

Se han estudiado muchos libros de cuentos para medianos e intermedios en la preparación de esta materia, y están incluidos en una bibliografía al fin de esta tesis. La lista no es concluyente de ningún modo, pero no habia tiempo para consultar más obras. Además se han tomado en consideración las opiniones de profesores capacitados para evaluar esta clase de literatura. En este sentido, deseo hacer mención especial de la profesora doctora Anna Oursler quien me ha servido como aconsejera, y, a la vez, expresar mi aprecio sincero por la ayuda generosa que ella me ha prestado.

Se han escogido los cuentos de las mejores fuentes y valen la pena relatarse. Cada uno encierra alguna moral positiva o valor espiritual que puede ser practicado en la vida del niño. Las tres cualidades que me han servido como base o norma en hacer la selección de los cuentos, son las siguientes: sentido moral, unidad y acción. Estos puntos se consideran en detalle en el capítulo que sigue.

Se han omitido de esta colección muchos cuentos que son bonitos y excelentes para los niños de los países de habla inglés pero que no sirven de tanto interés para los de habla español, puesto que tratan de héroes nacionales, costumbres diferentes y

fiestas desconocidas. Raras veces pueden los niños apreciar cuentos acerca de personajes o costumbres que no forman parte de su propia cultura.

Por regla general, el hambre que tiene el niño para escuchar cuentos no ha recibido suficiente consideración. Si esta colección se presta para entretener sanamente a los niños, mis anhelos y aspiraciones serán realizados.

Ruth Bland de Miller

EL CUENTO ETICO

El fin de este capítulo es dar en breve forma un entendimiento y un aprecio por el cuento como medio de desarrollar el carácter cristiano. La discusión se tratará de los siguientes tópicos: (1) Propósito y poder del cuento; (2) ¿qué es un cuento?; (3) Las partes de un cuento; (4) La preparación y narración del cuento; (5) Buenos cuentos para niños.

Propósito y poder del cuento

La historia del cuento tiene sus principios con el hombre primitivo. El cuento es tan antiguo como el habla humana. El origen del arte de referir cuentos fué el impulso de enseñar, y su mayor importancia en la vida del hombre primitivo fué el fin de instruir. Acontecimientos preñados de significación — guerras, migraciones, sufrimientos; creencias religiosas acerca de los misterios de la vida y la muerte, y del universo; costumbres sociales e ideales, — todo se mantenía vivo en la memoria de una generación tras otra por medio del cuento. El cuentista fué, entonces, el primer maestro del hombre primitivo.

"Ningún otro arte ha gozado de más alcance ni de influencia más universal como el de relatar cuentos en la promoción de la verdad y en el adelanto de la cultura. Siglos antes de que se inscribieran las primeras aventuras y hazañas del hombre en tablas de piedra o en papiro, los cuentistas referían relatos de heroísmo, de caballería y de bondad. Dondequiera que se reuniera la gente — entre las tribus errantes del desierto, con los ejércitos marchando a la batalla, en el mercado o en el hogar ante la chimenea, siempre había un cuentista que revelaba las maravillas y los misterios de la naturaleza, manifestando la sencilla

verdad, dando voz a los temores y a las esperanzas del pueblo."¹

Si se hiciera una lista de los grandes hombres que han sido fuente de poder y fuerza a las naciones del mundo, se incluirían los guerreros y líderes, los reyes y labradores, los poetas y músicos. Y entre los más grandes de la lista estaría el cuentista. En el mundo antiguo, sabemos que se daba al narrador un puesto de honor en la vida del pueblo, y en los días de los nómades, el jefe y el cuentista se contaban como los más grandes de la tribu.

Hoy día se estudian los cuentos de folklore, las leyendas, los mitos, los cuentos de hadas, las fábulas y las alegorías porque nos dan perspectiva pictoral de los pensamientos, las creencias, los ideales y la cultura del pueblo primitivo. Según escribe el señor St. John,

"Cada raza tiene su herencia de cuentos folkloristas y mitos que poseen significado mucho más grande que el de la mera diversión de la juventud. Los científicos escudriñan estos cuentos del pasado con sumo esmero porque revelan el genio del pueblo. Y los cuentos no sólo reflejan los ideales que han amoldado la vida social y religiosa, sino también dan forma y fuerza a estos ideales. Como factores en la formación de carácter, las leyendas de los dioses no son menos importantes que los mismos ritos de adoración."²

Durante la edad media, los monjes, trovadores, bufones, bardos errantes y cantores nunca carecían de público cuando relataban o cantaban sus cuentos de misterio, heroísmo o amor.

¹ Betts & Hawthorne, Method in Teaching Religion, p. 324.

² St. John, Edward P., Stories and Story-Telling, p. 2.

Los bardos de la edad de caballería, con sus cantos de hechos nobles, recibían homenaje por su influencia sobre el carácter del pueblo, y gozaban de un puesto reconocido en el sistema educativo feudalista. El arte de relatar cuentos, método dorado de la instrucción, ha sido un instrumento valioso para los filósofos, poetas, profetas, diplomáticos y los grandes hombres de todas las edades.

Las siguientes citas escritas por Romera-Navarro revelan claramente la importancia de la narración en la historia y la literatura de España:

"Los cantores populares de Castilla, llamados juglares, compusieron relatos en verso sobre las proezas de los caudillos famosos, que luego cantaban en la plaza pública, en los mesones o en el palacio de los nobles. Y por ser cantados, estos primitivos poemas heroicos recibieron el nombre de cantares de gesta, que quiere decir, cantares de hazañas."³

"Los caballeros de la Edad Media, no se preocupaban mucho de la poesía ni del saber. No estaban por perder el tiempo en largos estudios ni en amenidades poéticas. Toda su atención y energía estaban concentradas en la política activa o en los campos de batalla. Si durante las comidas acostumbraban a escuchar alguna lectura, no era de versos, sino relatos guerreros o la Biblia."⁴

"Los maestros religiosos de todo tiempo han hecho uso del cuento para llevar su mensaje al pueblo cuya lealtad buscaban. Jesús mismo era el cuentista maestro y no es de maravillarse que el pueblo le oyese gustosamente porque lo enseñaba en un lenguaje que podía comprender, envolviendo sus verdades más profundas en cuentos acerca de su experiencia diaria."⁵

³ Romera-Navarro, M., Historia de la Literatura Española, p. 13.

⁴ Ibid., p. 22.

⁵ Betts and Hawthorne, op. cit., p. 324.

En tales cuentos como las parábolas del Buen Samaritano, el Sembrador, la Higuera Seca, los Talentos, la Moneda Perdida, Jesús da ejemplo de los ideales de amor, buena voluntad y servicio, y demuestra las verdades espirituales que forman la esencia o el núcleo de nuestra religión.

Los escritores actuales en el campo de relatar cuentos rinden homenaje al doctor Froebel, el padre del kindergarten, como el jefe y el inspirador de los cuentistas contemporáneos que han hecho revivir este arte como método efectivo de educar a los niños. El doctor Froebel dice;

"El oído y el corazón se abren al verdadero cuentista, como los capullos se abren al sol de la primavera y a la lluvia vernal Referir cuentos refresca la mente de la misma manera que un baño refresca el cuerpo; ejercita al intelecto y sus poderes; prueba el juicio y los sentidos."⁶

El doctor Sly hace una declaración muy concluyente en cuanto al propósito de referir cuentos, la cual es pertinente al estudio de esta tesis.

"No hay mejor manera de comunicar nuestras ideas, ensanchar los conocimientos, la experiencia y la simpatía, o inculcar la verdad moral. Los cuentos que abundan en vida y acción no dejan nada que explicar. La conducta que se pinta en ellos no necesita ni aplicación ni ninguna moralización importuna. Los cuentos buenos, bien adaptados a la situación y bien relatados, no sólo proveen diversión y mantienen la atención como no lo hace ninguna otra forma de habla, sino poseen valor positivo en muchos otros sentidos. Alimentan, ejercitan y cultivan la imaginación; avivan las emociones; despiertan la determinación; fortalecen el poder de concentrar; desarrollan el sentido de la belleza; estimulan el instinto de idealizar; ayudan a formar el

⁶ Horne, H. H., Story-Telling, Questioning and Studying, p. 29 (Quoted from Froebel, F. W., Education of Man, p. 307.

pensamiento y el lenguaje; ensanchan las simpatías y amistades del niño; amplían su interés en el mundo; preparan para el entendimiento futuro de los clásicos literarios, especialmente la poesía; implantan ideales de lo que es justo y lo que es malo; y, en fin, hacen las impresiones más duraderas de una naturaleza ética, estética, educativa y cultural."⁷

Según la señorita Eggleston:

"Se puede impartir conocimientos por medio de un cuento, se puede divertir a un grupo de personas con un relato de una gran guerra, de amor o de valor, pero es un fracaso si eso es todo lo que se ha hecho. Un cuento bien referido debe animar las emociones, crear un deseo sincero de imitar al héroe del relato; debe hablar al alma misma de los oídos . . . El gozo inspirado por el cuento puede producir varias reacciones en el oyente:

- (a) Animar las emociones o el alma y causarles desear con ansia lo mejor de la vida.
- (b) Corregir los malos hábitos mostrando por el cuento lo que son las consecuencias.
- (c) Ayudar a hacer decisiones haciendo al niño recordar el resultado del escogimiento en la vida del héroe.
- (d) Desarrollar el sentido de buen gozo.
- (e) Cultivar buen gusto para la literatura, el arte y la música.
- (f) Desarrollar la imaginación y llevarla en rumbos saludable del pensar.
- (g) Crear en el niño el deseo de referir a otros los cuentos que le hayan llegado a gustar.
- (h) Relajar la tensión mental y nerviosa.
- (i) Mejorar el pensamiento y el lenguaje.
- (j) Dar conocimientos verdaderos de la vida.
- (k) Promover relaciones cordiales entre alumno y maestro, siendo el niño siempre amigo del cuentista.
- (l) Crear el deseo de conocer al mundo y su pueblo — o, es decir, el deseo de viajar.
- (m) Inculcar en el niño el anhelo de servir."⁸

La señorita Cather dice:

"Cada cuento que se escoga debe contribuir algo definido y concreto al desarrollo mental, moral o espiritual

⁷ Sly, W. J., World Stories Retold, pp. 3-4.

⁸ Eggleston, Margaret W., The Use of the Story in Religious Education, pp. 17-19.

del niño, de la misma manera que los colores escogidos por el artista tienen que armonizar el uno con el otro en el cuadro para que haya un conjunto hermoso y perfecto."⁹

En fin, la extensión del influjo del cuento bien escogido y bien narrado no tiene límites. Se puede concluir entonces que, para el niño, el objeto del cuento es darle información, vivificar sus intereses, desarrollar su imaginación, ensanchar sus simpatías, estabilizar su juicio y darle placer.

¿Qué es un cuento?

La señorita Hawthorne nos da esta definición:

"El cuento es un incidente o una serie de incidentes, verdadero o imaginario, que mantiene un argumento. Los incidentes tienen que estar bien unidos y estrechamente relacionados para asegurar el interés, retener la atención y animar la imaginación."¹⁰

Otra definición por la señorita Eggleston es:

"Un cuento es un gran mensaje de la vida que se pasa de una alma a otra . . . Se relata en pocos minutos pero dura en la vida hasta la eternidad. Tiene el poder de bendecir o de maldecir. Un cuento es un cuadro mental pintado por la voz humana, y la voz es mucho más maravillosa que la mano."¹¹

La señora de Bryant explica en más detalle todavía y clasifica al cuentista como artista entre los escultores, pintores y escritores. Ella dice:

"Un cuento es esencial y primeramente una obra de arte, y hay que buscar su mayor función y oficio en el ramo de los usos del arte . . . El mensaje del cuento es el mensaje de belleza, tan efectivo e impresionante como el mensaje en mármol o en pintura. Su

⁹ Cather, Katherine D., Educating by Story-Telling, p. 9.

¹⁰ Hawthorne, Marion O., Knights of Service, p. 35.

¹¹ Eggleston, Margaret W., op. cit., p. 16.

parte en la economía de la vida es dar gozo. Y el propósito del gozo se encuentra en el avivamiento del espíritu que corresponde a cada percepción de lo bello en los artes del hombre. Dar gozo; y por medio de este gozo animar y alimentar el espíritu: no es ésta la función legítima del cuento en la educación?"¹²

Una declaración más es digna de incluirse en esta lista de definiciones. El doctor Horne dice:

"El cuento no es historia, pero puede haber cuentos históricos; el cuento no es ciencia, pero puede haber cuentos científicos; el cuento no es ética, pero puede haber cuentos morales. Cuando la historia, la ciencia y la ética dejan sus generalizaciones y se vuelven concretos, vivifican la imaginación y las emociones, incitan aprobación o censura y provocan cambios en la conducta, llegan a ser cuentos."¹³

Al resumir estas definiciones y declaraciones, se ve que hay cuatro características que se destacan como elementos esenciales de los cuentos buenos. 1. Los eventos o incidentes del cuento tienen que estar relacionados y bien entrettejidos para formar un buen argumento. 2. Los eventos deben animar la curiosidad, la imaginación, los sentimientos y las simpatías. 3. Los cuentos tienen que ser de carácter verdadero; es decir, no se exige que sean hechos de la historia, sino que sean incidentes que la vida puede proporcionar. 4. Los cuentos buenos no pueden ser abstracciones ni generalizaciones. Tienen que ser concretos, personales y llenos de acción.

Para él, el cuento es un substituto imaginario por la experiencia verdadera. Por los cuentos bien referidos, el niño

¹² Bryant, Sara Cone, How to Tell Stories to Children, p p. 2-3

¹³ Horne, H. H., op. cit., p. 36

puede experimentar vicariamente las realidades de la vida.

Las partes del cuento

Cada cuento que ha de referirse tiene cuatro partes distintas o divisiones, cada parte haciendo su propio papel y contribuyendo vitalmente al éxito del cuento en total. Estas divisiones son: la introducción, el cuerpo, el clímax y la conclusión.

1. La introducción revela el ambiente, presenta los personajes, despierta el interés de los oyentes y los prepara para lo que ha de venir. Esta parte debe ser breve y directa, omitiendo todo lo que no sea esencial. No debe empezarse con una excusa ni una descripción larga ni una explicación detallada de algo que hubiera pasado antes del cuento. La introducción es muy importante, y si fracasa, no se capturarán la atención y devoción de los oidores ni se les despertará la curiosidad de saber lo que va a suceder.

2. El cuerpo del cuento es lo que los escuchadores están ansiosos de oír porque tiene el argumento. Se suspende el interés porque el clímax no debe revelarse antes de tiempo. La serie de eventos procede rápida y sencillamente hacia la crisis en la vida del héroe, el punto donde él tiene que escoger entre dos maneras de obrar, un obstáculo que debe dominar si ha de salir con éxito, un gigante al cual está obligado a vencer. Luego viene la prueba, y, por el resultado, se enseña una gran lección moral. La sucesión entera de eventos se mueve hacia este acto o escogimiento, es decir, el clímax del cuento.

El cuentista tiene que ejercer mucho cuidado en esta parte del cuento. Los auditores deben poder vivir con el héroe, luchar cuando él lucha, sufrir cuando él sufre y alegrarse cuando él se alegra. Ellos deben experimentar las mismas dificultades y afrentarse a los mismos problemas. Los oidores deben poder participar hasta lo sumo la selección que haga el héroe o el triunfo que él llegue a gozar.

Para los niños de ocho a doce años, esta parte del cuento tiene que ser dinámica, llena de vida y acción. Debe moverse rápidamente, un evento tras otro, cada uno agregando siempre más al interés y contribuyendo al argumento del cuento que va poniéndose más enredado y complicado hasta que al fin, se llega al punto más elevado, el clímax. El cuentista tiene que presentar tan gráficamente los eventos del cuento que van en sucesión hacia el clímax, que éste se destaque clara e inequívocamente.

3. El clímax es el corazón del cuento, la parte esencial. Viene cuando las luchas y las pruebas del héroe hayan llegado a su apogeo. Si se va a impartir una lección moral, es aquí donde tiene que ponerse en fuerza. Este es el punto decisivo del cuento. Si fracasa este punto, el cuento es un fracaso total y lo que debilita el clímax, debe eliminarse.

4. La conclusión tiene que ejecutarse con suma delicadeza. Debe ser breve y apropiada y dejar la mente satisfecha y sin preguntas. Después de llegar al clímax, el cuentista debe disponer de los personajes, resolver los misterios y desenredar la trama. A este punto, vale la pena advertir que nunca se debe

pegar un moral a la conclusión de un cuento. Si el cuentista ha referido el cuento de la manera debida, el moral se habrá enseñado por sí solo mucho mejor de lo que lo pueda hacer el narrador.

Como preparar y referir el cuento

La señorita Hawthorne da los siguientes puntos para ayudar al cuentista en la preparación del cuento que se va a relatar:

1. Escójase un cuento de acuerdo con la experiencia de los niños por un lado, y, por otro lado, de acuerdo con la lección que se quiere enseñar.
2. Adáptese el cuento a la situación en que se refiere de modo se suplan las necesidades de los oidores.
3. Estúdiase la materia hasta que pueda vislumbrarla, sentirla y vivirla para que al referirla, sus oidores también puedan vislumbrarla sentirla y vivirla.
4. Practíquese en voz alta la narración del cuento para notar los puntos débiles y fuertes antes de relatarlo a un grupo.¹⁴

La tarea de preparar el cuento para la narración no es cuestión de la memoria sino de la imaginación y los sentimientos. Uno debe leer y leer otra vez el cuento y practicarlo, pero no debe memorizarlo. El cuentista tiene que llevar un cuadro mental de lo que va refiriendo; tiene que sentir el poder y el mensaje del cuento; y tiene que ver claramente los personajes que se presentan en el cuento. El cuentista debe absorber todas las partes del cuento antes de referirlo. El cuento tiene que volver a ser una creación nueva y vivir en el

¹⁴ Hawthorne, Marion A., op. cit., pp. 36-37.

corazón y el alma del narrador.

Para la narración del cuento, la señorita Hawthorne nos da siete puntos que observar:

- "(a) Referir el cuento directamente al grupo como si se estuviera hablando a una sola persona.
- (b) Evitar la timidez.
- (c) Capitalizar la calidad dramática en el cuento.
- (d) Variar el ritmo del cuento.
- (e) Evitar la repetición de ciertas palabras y frases.
- (f) Dejar que el cuento enseñe su propia lección.
- (g) Sólo el estudio persistente y la práctica en el arte de referir cuentos pueden crear un cuentista experto."¹⁵

Para resumirlo, la señorita Cather escribe así:

"Refiera el cuento de una manera directa y modesta, como si fuera uno del grupo, hablando personalmente con ellos. A los niños no les gusta el cuentista patrocinador y son muy aptos en descubrir la afectación y la falta de sinceridad. El narrador que aspira al éxito tiene que ser como el poeta, portador de gozo, pero puede serlo sólo si obra con pureza y sinceridad tan nobles y claras como las aguas cristalinas del manantial."¹⁶

Buenos cuentos para niños

Los especialistas en la psicología del niño dicen que el niño de ocho a doce años está en "la edad heroica" o "la edad realista." Se interesa por relatos de héroes, misioneros, aventuras e historia. El cuento más apropiado para estos niños medianos es el que está lleno de acción, que contiene poca descripción y el mínimo de detalle. Esta clase de relato deja

¹⁵ Ibid., pp. 36-37.

¹⁶ Cather, Katherine D., op. cit., p. 68.

mucho para la imaginación, está llena de situaciones dramáticas y sostiene el interés hasta la última palabra.

Según la señorita Hawthorne:

"Las verdades abstractas llaman muy poco la atención del niño mediano, pero estas mismas verdades en forma de cuento le llegan a ser atractivas y hasta vitales. Moralizar acerca de la honradez, la obediencia, la reverencia o cualquier de las otras virtudes cardinales no le impresiona nada al niño de diez años. Sin embargo estas mismas actitudes fundamentales asumen significado verdadero cuando se le presentan en un relato acerca de un niño o de un hombre que salió con éxito por haber sido honrado obediente o reverente. Tales cuentos inspiran al niño y le infunden el deseo de poseer las cualidades que le hicieron grande al héroe."¹⁷

Es posible que esta edad sea el período más impresionable de la vida. No es un tiempo de marcados cambios interiores sino uno en el cual las influencias exteriores, sociales y reguladoras son muy prominentes. Así que cuando el mediano escucha un cuento bueno bajo condiciones favorables, la impresión agradable que recibe tiende a expresarse más tarde en acción. En su admiración de los héroes y las heroínas, los medianos procuran emular sus acciones de tal manera que se encarnan grandes ideales en sus propias vidas.

En una descripción de los cuentos que les interesan a los del período heroico, la señorita Cather dice:

"Durante la niñez, el cuentista tiene la mejor oportunidad para sembrar las semillas que más tarde producirán buenos frutos. Y puesto que muchos padres y maestros no se dan cuenta de este hecho, los niños leen cuentos que tienden a brutalizarlos y llevarlos

¹⁷ Hawthorne, Marion O., op. cit., p. 35.

por malos caminos. Esto no quiere decir que los niños que lean tales cuentos son depravados. Pero sí quiere decir que los medianos apetecen acción, peligro y atrevimiento. Es un grito de la naturaleza que no se puede callar, y si esta hambre no se satisface de una manera sana, se buscará una manera malsana."¹⁸

Así para los medianos el relato pide personajes, cosas, vida y acción. Tiene que estar lleno de cuadros concretos, porque éstos se quedan en la memoria. El valor de la personalidad depende de las riquezas espirituales almacenadas en el alma, imágenes grabadas en la mente de ". . . todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; . . ." - Filipenses 4:8.

Conclusión

Aunque por naturaleza los niños reaccionan mejor con los cuentos que con las otras formas de enseñanza, dado que el cuento sea interesante y bien relatado, sin embargo no debe emplearse a la exclusión de otros métodos de instruir. No toda experiencia normal viene al niño en la forma dramático de un cuento. Debe entender que en la vida diaria, hay que afrentarse a lo que venga y hay que aprender muchas lecciones. No se puede permitir que el niño espere que toda la vida esté en el nivel dramático e idealista. Hay que enseñarle a pensar analíticamente y a resolver sus problemas de un modo práctico.

¹⁸ Cather, Katherine D., op. cit., pp. 32-33.

I N D I C E

	Página
Prefacio	iv
El Cuento Etico	vi
1. La Princesa del Monte de Cristal (Primera Parte) .	1.
2. La Princesa del Monte de Cristal (Segunda Parte) .	8.
3. El Juramento Falso	15.
4. El Deber de Jorge	19.
5. El Conejo Necio	21.
6. El Angel Guardián	24.
7. El Arroyo Tonto	30.
8. El Niño Cumplido	35.
9. La Leyenda del Amargón	40.
10. El Puerquecito Descontento	43.
11. El Agua de Vida	48.
12. Las Tres Estatuas	55.
13. Costales para Sol	58.
14. El Ratón de Oro	62.
15. El Rey Orgullosa	68.
16. La Primera Posada de María	72.
17. El Loro del Emperador	76.
18. El Amor Escondido	81.
Bibliografía	85.

LA PRINCESA DEL MONTE DE CRISTAL

Primera parte

Erased una vez un hacendado que tenfa un prado donde estaba construido un henal. Pero los últimos dos años el henal había estado vacío porque en la víspera de la cosecha, cuando el heno estaba para cortarse, algo misterioso se lo había comido todo, como si una manada de ovejas lo hubiera devorado hasta la raíz misma. Toda la cosecha de heno se había desaparecido ya por segunda vez y el pobre hombre estaba bastante disgustado.

Al aproximarse otro tiempo de cosecha, el hacendado llamó a sus tres hijos, Tomás, Pedro y José, y les dijo:

"Hijos, tenemos que vigilar el prado este año en la víspera de la cosecha para que no se nos destruya todo el heno.

Cuál de ustedes quiere ir a dormir en el henal para proteger el prado?"

Tomás fué el primero en ofrecer su servicio y contestó orgullosamente:

"Voy yo, padre. Como soy el mayor y muy valiente, me toca a mí."

Tomás se jactó mucho de su valentía y fuerza e hizo muchos juramentos de lo que haría si viniera algún hombre o bestia para destruir el heno. Con estas palabras, se fué al henal a pasar la víspera de la cosecha.

El joven llegó a la hora cuando se veían los últimos rayos del sol, y dentro del henal no se discernía nada sino tinieblas lúgubres y cada rincón se parecía una cueva oscura llena

de misterios. Pero Tomás siguió para adentro, y se tendió en el suelo con el intento de dormir. La noche se puso cada vez más oscura y un silencio frío reinaba por todas partes. De repente, Tomás sintió un gran temblor de tierra que sacudía las paredes y el techo del heno, y se oía también un ruido estupendo como truenos subterráneos que ensordecían al pobre joven. Con todo esto, Tomás olvidó por completo su valentía, sus jactancias y sus juramentos para proteger el heno. Aterrorizado y acobardado, salió corriendo para su casa, no echando ni una sola mirada para atrás. Y el pobre hacendado quedó sin cosecha y el heno quedó vacío como en los dos años anteriores.

Pasó otro año y llegó la víspera de la cosecha. El hacendado llamó otra vez a sus hijos y pidió que uno fuera a vigilar el heno. Esta vez, Pedro, el segundo hijo, se presentó y dijo muy orgullosamente a su padre:

"Permita que vaya yo, padre. No tenga cuidado porque todo estará en buenas manos. No soy como mi hermano mayor. Soy valiente y no sólo hablo de mi valentía sino la practico."

Y con una sonrisa de desdén, Pedro empezó a jactarse y a hacer juramentos de lo que haría para proteger el heno, lo mismo que había hablado Tomás.

Al anoecer, Pedro caminó resueltamente al heno, penetró en las tinieblas, y se tendió en el suelo con un intento de dormir, cuando empezaron el temblor de tierra y los truenos subterráneos. Y, como Tomás, olvidó su valentía y sus juramentos para proteger

el heno, y aterrorizado y acobardado, se fué corriendo a su casa. Y el pobre hacendado quedó sin cosecha y el henal quedó vacío como en los tres años anteriores.

Pasó otro año y llegó otra vez la víspera de la cosecha. El pobre hacendado estaba desesperado porque no sabía a quien mandar a vigilar el heno. Los dos hijos mayores ya habían fracasado y en la casa no quedaba sino José, el hijo menor.

Pues José era un joven muy estudioso, inteligente y juicioso. Los hermanos mayores siempre decían que José era perezoso porque pasaba mucho tiempo leyendo frente a la chimenea y ayudando a su padre con las cuentas de la hacienda. Ellos se burlaban de él, diciendo que no era suficiente hombre para hacer el trabajo duro de la hacienda. El joven siempre guardaba la paciencia confiando que algún día podría mostrarles a sus hermanos que el éxito no se logra solamente a la fuerza bruta.

Así es que en la víspera de la cosecha, viendo la desesperación de su padre, José se le presentó y dijo humilde y sencillamente:

"Padre, permita que vaya yo este año a vigilar el heno. Es verdad que soy joven y no he tomado mucha parte en el trabajo de la hacienda, pero si quiere confiar en mí, haré lo mejor que pueda."

El padre vaciló, pero al fin le dijo que sí y le dió un abrazo y su bendición. José se enderezó y, entre las burlas y carcajadas desdeñosas de sus hermanos, se dirigió hacia el henal.

En el camino, José notó la belleza de la puesta del sol, se fijó en la abundancia de la cosecha de heno, y se le llenó

el corazón de una determinación de ser digno de la confianza de su padre.

Al llegar al henal, José, recordando los cuentos de terror de sus hermanos, examinó todo el interior y, aunque todo estaba muy oscuro, vio que no había nada que temer, y se tendió en el suelo para dormir.

Apenas cerrados los ojos, José sintió los temblores de tierra y los truenos subterráneos, y se dijo para sí:

"Esto sí es terrible, pero parece que el henal no está cayéndose ni la tierra abriéndose. Voy a ver si lo aguanto."

En un momento, se cesaron los temblores y los truenos y no le había pasado nada a José. Aunque este fenómeno se repitió otras dos veces, y cada vez peor que la anterior, José no abandonó el henal.

Al fin, reinaron una calma serena y un silencio profundo y José estaba al punto de dormirse cuando oyó algo afuera en el heno. Se levantó, se asomó silenciosamente por la puerta e imagínese la sorpresa de José al ver un caballo enorme y gordo comiendo con gusto el precioso heno de su padre. Al acercarse, el joven vio que el caballo tenía freno y silla de cobre resplandeciente y, sobre la silla, había una armadura, también de cobre, lista para algún caballero. José no vaciló, sino cogió al animal y lo escondió en una montaña cercana en un lugar conocido sólo por él. Luego volvió a su casa y todavía con humildad y sencillez, dijo a su padre:

"Aquí estoy, padre, me alegro de haber podido servirle. No me pasó nada grave y la cosecha de heno está fuera de peligro."

El año entrante puede contar conmigo para hacer lo que pueda."

Tomás y Pedro no pudieron sino quedarse atónitos a la declaración de su hermanito.

Al acercarse la siguiente cosecha, el hacendado no llamó a sus hijos mayores sino al menor que ya había probado su valentía. José no tardó en cumplir con su promesa del año anterior y se dirigió para el henal esperando ser digno otra vez de la confianza de su padre.

Al entrar en el henal, el joven registró todo y, viendo que no había nada que temer, se tendió en el suelo para dormir. Y, como el año anterior, vinieron tres veces los temblores de tierra y los truenos subterráneos. José lo aguantó estóticamente y pronto sintió la calma y el silencio. Esperó ansiosamente y luego, como el año anterior, oyó algo afuera en el heno. Se asomó silenciosamente por la puerta y --- qué alegría! --- vio otro caballo enorme y gordo apacentándose en el heno de su padre. Este caballo tenía freno y silla de plata bruñida y, sobre la silla, había una armadura, también de plata, lista para algún caballero. Otra vez, José cogió el caballo y lo escondió con el primero en una montaña cercana en un lugar conocido sólo por él. Luego volvió a su casa y, humilde y sencillamente, informó a su padre que el heno estaba fuera de peligro y le dijo que estaría a la orden siempre para el año que venía.

Los dos hermanos mayores no podían sino sentirse avergonzados y siempre quedaban amorrados en la presencia de su hermanito o estaban listos para burlarse de él. Pero José no les hacía caso y pasaba muchas horas leyendo frente a la chimenea y ayudando a

su padre con las cuentas de la hacienda. Y, a veces cuando estaba solo, se dejaba soñar de alguna aventura en que quizás más tarde tomaría parte: matar dragones, conquistar tierras lejanas o luchar por la mano de alguna princesa hermosa.

El hacendado ya no se preocupaba por la cosecha de heno porque ahora sabía que el hijo menor se la salvaría. Y José para nada habría perdido la oportunidad de servir a su padre y, a la vez, conseguir otro caballo. Pero esta última razón la guardaba siempre como secreto en el corazón. Y ahora que llegaba otra cosecha, el joven se preparó con gusto para la aventura. Aunque era dura la prueba que tenía que sufrir, la recompensa valía la pena sobremanera.

Por tercera vez José fue al henal para proteger el heno en la víspera de la cosecha. Todo sucedió como en los dos años anteriores y casi no pudo esperar hasta que se cesaron los temblores y los truenos para ver si cogía otro caballo. El joven no quedó desilusionado porque cuando se asomó silenciosamente por la puerta, vio otro caballo enorme y gordo comiendo el heno de su padre. Este caballo sí era algo extraordinario porque era más enorme y más gordo que los otros dos y era tan blanco como la nieve. Tenía freno y silla de oro brillante y sobre la silla, había una armadura de oro, lista para algún caballero. José quedó maravillado y se dijo para sí:

"Este tiene que ser el último caballo porque no puede existir criatura más bella."

Con esta observación, José cogió el caballo y lo escondió con los otros dos en una montaña cercana en un lugar conocido

sólo por él. Luego volvió a su casa y, siempre humilde y sencillamente, informó a su padre que el heno estaba fuera de peligro. El hacendado le dió un abrazo a José y le dijo:

"Hijo mío, no tengo palabras con que expresar mi gratitud por lo que has hecho por mí. Tú has cumplido humildemente donde tus hermanos mayores han fracasado. Gracias a tus esfuerzos, la brujería en mi hacienda ha sido terminada. Tengo confianza en que algún día cercano, recibirás una recompensa digna de tus nobles esfuerzos."

Y ¿qué será la recompensa? Veremos en la segunda parte.

LA PRINCESA DEL MONTE DE CRISTAL

Segunda parte

El rey del país donde vivían el hacendado y sus tres hijos era muy bueno pero a lgo excéntrico. No tenía sino una sola hija y la quería mucho. Ella tenía fama de ser bonita y buena, simpática e inteligente. La princesa acababa de llegar a la edad de casarse y el rey la sentó en un monte de cristal diciendo:

"El joven que quiera ganar la mano de mi hija y la mitad de mi reino, tendrá que subir el monte de cristal montado en un caballo y recibir las tres manzanas de oro que la princesa tiene en el bolsillo."

Pues, el monte tenía mucho declive y era tan precipitoso, que parecía imposible que cualquier caballo, por fuerte que fuera, subiera hasta la princesa. Pero el rey declaró tres días de fiesta y todos los caballeros del país se prepararon para la competencia.

En la casa del hacendado, los dos hijos mayores se alistaban para la fiesta cuando el menor expresó el deseo de tomar parte también con ellos. Pero ellos contestaron de su acostumbrada manera burlona:

"Y ¿quién eres tú para tomar parte en una competencia de caballeros? No sabes bien montar a caballo y no tienes sino un caballejo que no sirve para nada. Quédate aquí leyendo frente a la chimenea. Esta no es cosa para un jovencito como tú."

José guardó silencio y siguió leyendo y soñando frente a la chimenea.

La fiesta al pie del monte de cristal tomó forma de feria. A demás de los caballeros de todas partes del reino, vinieron muchísimos espectadores para ver la competencia. Había mucha alegría, y todo el mundo cantaba y agitaba banderas en el aire.

Al fin, el rey mandó a sonar los clarines y la gran lucha empezó. Todos los caballeros pusieron espuela a sus caballos y se fueron a toda carrera para el monte de cristal. Pero, siendo el monte de cristal y no de tierra, naturalmente era muy resbaladizo y los pobres caballos no podían avanzar nada en las laderas. Todos volvieron a correr repetidas veces al monte pero ninguno alcanzó a subir un metro siquiera en la superficie de cristal. Esto continuó casi todo el día y los pobres caballos estaban sudados y cansadísimos de tantas carreras inútiles.

El rey estaba al punto de mandar cesar las actividades para el día, cuando llegó un caballero vestido de armadura de cobre resplandeciente, montado en un caballo enorme y gordo con freno y silla de cobre también. La armadura cubría al caballero de la cabeza hasta los pies y nadie le conocía. El caballo era más grande, fuerte y hermoso que cualquier de los otros allí presentes. Todos los rivales le gritaron al nuevo entrante y le advirtieron que no valía la pena procurar de subir el monte porque era imposible. Sin embargo, el caballero misterioso no les hizo caso y se dirigió con toda calma hacia el monte de cristal. Con el mínimo de esfuerzo, el caballo subió el monte hasta la tercera parte de la distancia y vaciló un momento. El corazón de la princesa dio un salto porque a ella le parecían muy hermosos el jinete y su cabalgadura. Y para mostrar su aprecio, escogió una de las tres manzanas

de oro que tenfa en el bolsillo y la tiró al caballero. Este la cogió, la guardó en la bota, bajó del monte y se fué a toda carrea, perdiéndose de vista entre el bosque de una montaña cercana.

El rey despidió a toda la multitud y dijo que se continuarfa la competencia el día siguiente.

Aquella noche Tomás y Pedro tuvieron mucho que contar acerca de la fiesta, especialmente del caballero misterioso y su hermosa montura.

La mañana siguiente, José expresó otra vez el deseo de tomar parte en la competencia, pero sus hermanos mayores lo rechazaron con el mismo desdén y lo dejaron con sus libros.

Pues, al pie del monte de cristal, todo estaba más animado el segundo día que el primero y no se hablaba de nada sino del caballero misterioso y su caballo hermoso. Todos los competentes habfan puesto tan ásperas como posible las herraduras del caballo para no resbalar tanto en el liso cristal. Cuando el rey mandó a sonar los clarines, se produjo un gran alboroto y todos los jinetes empezaron a tratar de subir el monte encima del cual estaba sentada la bella princesa. Como el día anterior, no podfan subir ni siquiera un metro y los pobres caballos llegaron a estar muy cansados y sudados de tanto gasto de fuerzas.

El rey estaba al punto de mandar a cesar las actividades para el día cuando llegó un caballero vestido de una armadura de plata bruñida, montado en un caballo con freno y silla de plata también. Nadie conocfa al hombre y la montura era más grande, fuerte y hermosa que la del día anterior. Todos los rivales le gritaron la advertencia que no era posible subir, pero no les hizo caso y se

dirigió con toda calma hacia el monte de cristal. Muy fácilmente subió hasta dos tercios de la distancia y vaciló un momento. Esta vez el corazón de la princesa dió dos saltos porque a ella le parecían aun más hermosos este jinete y su cabalgadura. Y para mostrar su admiración, le tiró la segunda manzana de oro y le dió una sonrisa muy dulce. El caballero cogió la manzana, la guardó en la bota y levantó el brazo en un saludo muy elocuente para la princesa. En seguida bojó del monte y se fué a toda carrera, perdiéndose de vista entre el bosque de una montaña cercana.

El rey despidió a sus sujetos hasta el día siguiente cuando se terminaría la competencia.

Cuando Tomás y Pedro llegaron a su casa aquella noche, había más maravillas todavía que contar acerca de la fiesta y pasaron un buen rato alabando al caballero misterioso y su hermosa montura.

El día final de la competencia amaneció claro y bello, y todo el mundo se levantó temprano para no perder nada de lo que iba a pasar. Tomás y Pedro se burlaron de José cuando éste expresó el deseo de tomar parte en las actividades, y otra vez le recordaron de su pobre caballejo y sus pocos conocimientos de montar. José no dijo nada y los hermanos se fueron orgullosos. El campo de lucha al pie del monte de cristal estaba atestado de gente de todas partes, vestida de colores vistosos y agitando banderas multicoloradas. Los competentes estaban ataviados en seda, raso y terciopelo, montados en cabalgaduras bien preparadas para la lucha. Todo el mundo estaba alerta y pendiente de la señal de principiar la competencia. Al fin, el rey mandó sonar los clarines y los caballeros se alistaron

para la última prueba.

Todos estaban muy animados y cada uno creyó que seguramente la buena suerte le permitiría ganar la última manzana de oro. Echaron carrera tras carrera al monte pero como en los dos días anteriores, no pudieron subir ni siquiera un solo metro y los pobres caballos se pusieron sudados e incapacitados de tanta fuerza perdida. Al fin todos se iban retirando uno por uno, admitiendo sin querer la derrota. Pareció que había que clausurar la fiesta sin que nadie ganara la última manzana de oro. Y, como en los dos días anteriores, el rey estaba al punto de parar la competencia, cuando se levantó un clamor de voces y todos quedaron maravillados de lo que veían.

En aquel momento, llegó un caballero vestido de armadura de oro brillante, montado en un caballo con freno y silla de oro también. Este caballo sí era algo extraordinario porque era más enorme y más gordo que los otros dos y era tan blanco como la nieve. El caballero se acercaba con la misma dignidad y calma que los otros días y no les hizo caso a los que le decían que no era posible subir el monte de cristal. Prendió la carrera hacia el monte entre las voces que decían:

"Bravo, bravo! ¡Qué gane la princesa y la mitad del reino!
¡Qué gane, qué gane!"

Y esta vez el caballero subió toda la distancia hasta la cima. Ahora el corazón de la princesa dio tres saltos y se dijo para sí:

"Este sí tiene que ser el que gane mi mano y la mitad del reino de mi padre. ¡Ay, qué felicidad! Este jinete y su

cabalgadura me parecen los más hermosos y valientes que pueden haber en el mundo."

El caballero se apeó, se inclinó muy galantemente ante la princesa y la vió tan buena y bonita como había oído decir. Volvió a montarse y la princesa se le levantó la mano en señal de parar. Ella sacó la última manzana de oro del bolsillo y, con una sonrisa dulce, se la tiró al caballero. Este la cogió y la guardó en la bota, y se paró en los estribos, alzando el brazo en un saludo elocuente para la princesa. El jinete bajó del monte entre los aplausos y las vivas de los espectadores, y se fué a toda carrera, perdiéndose de vista entre el bosque de una montaña cercana. El rey hizo bajar a la hija del monte de cristal, despidió a la multitud y todos se fueron a sus casas respectivas.

Aquella noche en la casa del hacendado, Tomás y Pedro no hablaron de otra cosa sino de las maravillas del caballero de la armadura de oro. Se preguntaban quién podría ser y decían que, sin duda, era algún señor ilustre e inteligente que sabía dominar dificultades como la del monte de cristal. Decían también que era muy noble, correcto y sencillo, porque no se había presentado inmediatamente después de la competencia para exigir al rey el premio.

Al día siguiente, el rey mandó mensajeros por todo el reino a invitar a todos los caballeros de la competencia para ver cuál de los tres recibidores de manzanas sería mejor esposo para su hija.

A la tarde, frente al palacio, se formó una fila larga que pasó ante el rey para ver quiénes tenían las tres manzanas. Pasaba el último competente y todavía no se había dejado ninguna manzana a los pies del rey. De repente, todos gritaron a una voz:

"¡El caballero de la armadura de oro! ¡Viva, viva!"

Se bajó de su montura nívea, se presentó ante el rey y, ¡qué sorpresa para todos, no dejó una sola manzana a los pies del rey, sino tres!

Con esto, el rey le felicitó muy cordialmente y, con un abrazo paternal, le entregó a su hija y la mitad de su reino. El caballero se quitó la cabezada de su armadura, y Tomás y Pedro, que estaban cerca, lanzaron un grito:

"¡José, nuestro hermano!"

José perdonó a sus hermanos y mandó llamar a su padre para que viera que su confianza había sido recompensada. La princesa y José se casaron el día siguiente y vivieron felices por toda la vida.

Adaptado y traducido:

Lang, Andrew, "The Princess of the Glass Hill," The Blue Fairy Book.

EL JURAMENTO FALSO
(Leyenda suiza)

Una vez una viuda pobre heredó unas pocas hectáreas de terreno fértil al lado de un cerro alto cerca de una aldea. Aquí todas las mañanas la viuda pastoreaba su única vaca cuya leche no sólo daba alimento a sus niños hambrientos, sino también le proporcionaba queso para vender y ganar la vida.

No muy lejos vivía un avaro quien, por muchos años, había soñado con añadir a su propia finca la pradera de la viuda. Todas las mañanas, al ver a la mujer con su vaca en el campo, el hombre suspiraba y le envidiaba el terreno, y todas las tardes, la miraba con ceño y hacía proyectos secretos para poseerlo.

Una mañana la viuda encontró al avaro parado frente al portón de su pradera.

"¿Qué quiere Vd. aquí?" el hombre le preguntó a la señora.

"Sencillamente quiero poner mi vaca en mi propio prado," respondió la mujer.

"¿Ha olvidado Vd. tan pronto las veinte piezas de oro que le pagué por este terreno?" continuó el avaro.

"Vd. no me ha dado veinte piezas de oro," contestó la viuda, "y nunca le he vendido mi terreno."

"Un cuento listo," burló el señor riéndose. "Tengo un testigo que le pagué el oro y tengo también un documento firmado por Vd. en el cual me dió derechos a estas hectáreas."

"Es Vd. un miserable," dijo la mujer, "y ha hecho este plan perverso para robarme a mí y a mis niños nuestro sostén."

"Diga Vd. lo que guste," gritó el avaro, "pero quítese de allí y llévese esa vaca vieja porque nunca jamás puede volver a pastorearla aquí."

La pobre viuda vio que no valía la pena pelear con el malvado y, cabizbaja, se fué tropezando y llorando amargamente con la cara escondida en su delantal azul.

Apenas llegó la señora a la aldea cuando las mujeres salieron de todas las casas para saber lo que había sucedido.

"¿Por qué lloras, vecina?" preguntaron. "¿Por qué vuelves con la vaca?"

Cuando el pueblo llegó a saber la manera de que le había robado el avaro, se provocó un gran disgusto contra él en el corazón de cada ciudadano. Se precipitó una carrera a la casa del alcalde y todos exigieron que hiciera algo enseguida.

"Pero he examinado los documentos," explicó el señor, "y son válidos, como dice el avaro. Llevan la firma de la viuda y por veinte piezas de oro, ella le ha vendido el terreno."

"¡Es una mentira!" exclamó la mujer. "No he visto nunca su oro y jamás he firmado su papel. No es sino un plan falsificado para robarme a mí y a mis hijos."

Al pronunciar estas palabras, se brotó una bulla brava de la boca de todos los poblados, y, agarrando al alcalde por las mangas, le empujaron por el camino del cerro hasta que llegaron al portón donde los esperaba el viejo.

"Mi amigo," comenzó el alcalde, "muestre a la viuda el papel y permita que vea donde ella misma lo ha firmado."

"Por supuesto," consintió el avaro, y enseguida presentó el

documento ante la vista de todos.

"No es mi letra," dijo la mujer, "aunque el que usó la pluma ha hecho una copia perfecta."

"¿Qué dice Vd. a esta acusación?" preguntó el alcalde al avaro.

"Ella lo firmó en mi presencia," contestó el viejo.

"Juro que no lo hice," afirmó la viuda.

"Y yo juro que sí lo hizo," replicó el acusado.

"Desgraciado sea Vd.," le advirtió el alcalde, "si Vd. ha jurado falsamente contra esta viuda pobre."

Había murmuraciones entre la muchedumbre y el avaro quedó asustado por las miradas fijadas en su persona. Así es que levantándose, miró hacia el cielo y rogó, "Si he jurado falsamente contra la viuda, ¿qué se hundan mis dedos en esta piedra como si fuera agua!"

A penas se escaparon estas palabras de sus labios, cuando una nube negra se bajó para rodear la cabeza y los hombros del viejo, y se estalló un relámpago brillante que pareció quemar la piedra con llamas blancas. Con un grito penetrante, el infeliz vió con horror que tres de los dedos quedaron cogidos firmamente en la roca.

"¡Hombre miserable!" lloró el alcalde, "el cielo ha contestado su perversidad y ha expuesto a todos su plan secreto para engañar a esta viuda. De ahora en adelante será Vd. un desgraciado entre el pueblo."

Hoy día, la roca queda al lado del camino cerca del

prado y se ven todavía en ella los tres huecos hechos por los dedos del malvado: un aviso duradero a todo el mundo que ofenda al cielo con juramento falso.

Adaptado y traducido:

Egan, Joseph Burke. "The False Oath". New Found Tales from Many Lands.

EL DEBER DE JORGE

Una vez había un niño de diez u once años que se llamaba Jorge. Era un muchacho muy simpático e inteligente, pero, sin darse cuenta, empezó a pensar demasiado en el valor del dinero. Quería saber el precio de todo lo que veía, y, si su ropa, su alimento o sus juguetes no costaban mucho, no le parecían tener nada de valor.

Por supuesto ésta era una idea muy errónea porque hay muchísimas cosas que no se pueden comprar con el dinero. La bondad, la salud y la felicidad no se compran ni con oro, pero puesto que Jorge no podía verlas ni tocarlas, no les ponía ningún valor.

Una mañana cuando el niño entró en el comedor a desayunarse, puso un papelito en el plato de su mamá. Y qué sorpresa sintió la señora al leer la nota! Le era difícil creer que su hijo podría escribir tal cosa. Pero en forma de cuenta, la lista se leyó así:

MAMA DEBE A JORGE

Por unas tareas50
Por haber sido bueno25
Por haber practicado la música40
Extras	<u>.10</u>
Total que mamá debe a Jorge	\$1.25

La madre se sonrió cuando leyó la cuenta, pero no dijo nada. A la comida aquella noche, le puso en el plato el dinero que pedía su hijo y le dejó también una nota escrita por ella.

Al sentarse a la mesa el niño se llenó de gozo cuando vio

el dinero y le pareció que su aptitud para los negocios le había traído muy buenos resultados. Pronto se fijó que, además del dinero, había también un papel en su plato. Y, cuando lo abrió, vio que era la siguiente cuenta entregada por su mamá:

JORGE DEBE A SU MAMA

Por haber sido bondadosa con él	nada
Por haberle cuidado durante su larga enfermedad	nada
Por su ropa y sus juguetes	nada
Por sus comidas y su cuarto bonito . .	<u>nada</u>
Total que Jorge debe a su mamá . .	nada

Pues, ¿qué le parece que el niño hizo cuando leyó estas palabras? ¿Piensa Vd. que puso el dinero en el bolsillo y empezó a comer? No, no, de ninguna manera. Con lágrimas en los ojos, Jorge corrió a abrazar a su madre, exclamando:

"Toma el dinero, mamá, y perdóname, por favor. Ya no deseo más que amarte y hacerte las cosas de balde."

Adaptado y traducido:
Kerr, Dr. H. J. "What Bradley Owed." Children's Story Sermons.

EL CONEJO NECIO

(Leyenda budista)

Una vez un conejo estaba descansando bajo una palmera, medio dormido y pensativo. De repente le vino una idea espantosa.

La idea fue ésta: "Si hubiese un terremoto y la tierra se abriera, ¿qué me pasaría?" Casi en el mismo instante en que pensaba esto, oyó un ruido grandísimo.

El conejito no sabía la causa del ruido y estaba tan asustado, y preocupado con la nueva idea, que no hizo ninguna investigación sino brincó de la grama, y gritó, "¡La tierra está abriéndose!", y echó una carrera hacia el mar. Pronto se encontró con otro conejo, el cual le preguntó la razón por qué corría tanto. Se detuvo un segundo nada más para gritarle, "¡Hay un terremoto. La tierra se abre!", y siguió corriendo. Estas palabras le infundieron miedo en el conejo que le escuchaba y él, a la vez, se puso a correr. Un tercer conejo los vio correr y cuando supo la razón, los acompañó en su carrera. Pronto, más de mil conejos estaban corriendo en el bosque.

Se acercaron a ellos un ciervo lleno de curiosidad, también un jabalí, un búfalo, un tigre, y aun un elefante. Cuando estos animales supieron la razón por qué los conejos corrían, ellos hicieron la misma cosa para escaparse del terremoto.

Un gran león que era más sabio que los otros animales, los vio correr. El se imaginaba que seguramente ellos habían sido espantados por algún ruido que no entendían y se dijo para sí, "Yo les salvaré la vida".

Entonces se puso delante de ellos, al pie de una montaña, y rugió tres veces. Todos los animales se detuvieron callados, nerviosos y asustados.

"Por qué están corriendo?" preguntó el león.

"La tierra está abriéndose", contestaron.

"Quién ha visto eso?" preguntó el león.

"Los elefantes lo han visto", ellos dijeron.

Cuando el león preguntó a los elefantes, ellos le respondieron que los tigres eran los que sabían. Los tigres a su vez respondieron, "Pregunta a los búfalos". Y así sucesivamente, el león pasó por toda la asamblea de animales hasta que llegó al primer conejito.

"Por qué piensa Vd. que la tierra está abriéndose?" preguntó el león.

El conejo replicó, "Yo estaba acostado debajo de una palmera cuando oí un ruido espantoso detrás de mí, y pensaba que era un terremoto que destruía la tierra."

"No tengas miedo", dijo el león, "Volvamos y veamos."

Y así se dirigieron hacia las palmeras. Cuando llegaron, vieron que el ruido fue causado por la caída de un coco.

El león les dijo, "La próxima vez que cualquiera de Vds. oiga un sonido, antes de empezar a correr, debe investigarlo. No es posible que la tierra vaya a abrirse hasta que pasen siglos y siglos."

Los animales se fueron tranquilamente a sus respectivas casas, y el conejito quedó solito, abandonado y avergonzado por la bulla que había causado. Con lágrimas en los ojos, se acostó

otra vez debajo de la palmera, y miró tristemente el coco caído.

Adaptado y traducido:

Bailey, Carolyn Sherwin. "The Rabbit Who was Afraid". Stories Children Need.

EL ANGEL GUARDIAN

Una tarde de verano el Angel Guardián iba por un camino muy aislado. Era la hora de la puesta del sol y el Angel se vió en la necesidad de buscar en donde pasar la noche. Un poco más adelante notó dos casas: a la derecha había una grande, espaciosa y cómoda, y a la izquierda había una pequeña y humilde pero limpia y bien cuidada. El Angel vaciló un momento preguntándose a cuál debía pedir hospedaje, pero viendo que a la derecha la casa era más grande, le pareció mejor pedirlo allí.

A l acercarse más a la casa grande, el Angel vió que las cortinas estaban cerradas, la puerta estaba con llave, y en general, no tenía un aspecto hospitalario. Sin embargo subió las gradas y tocó a la p uerta. Una señora de frente ceñuda y nariz larga abrió la puerta apenas un poquito para poder sacar la cabeza y, sin saludo, dijo muy descortésmente:

"¿quién toca y qué quiere?"

El Angel vaciló un momento y dijo:

"Buenas tardes, mi señora. Perdone Vd. la molestia, pero, puesto que está casi de noche y estoy muy lejos de la ciudad, me permito pedir hospedaje para la noche. Le agradecería el favor y tendría mucho gusto en pagarle lo que sea justo."

Sin excusas la señora dijo:

"No señor. Esta casa no es ni hotel ni pensión. A quí no se da hospedaje a gente desconocida."

Y con estas palabras cerró la puerta con tanta fuerza que hizo temblar el vidrio de las ventanas, y el pobre Angel quedó con la boca abierta.

No habfa nada que hacer sino dirigirse para la casa pequeña. Al subir las gradas, notó que las cortinas y la puerta estaban abiertas de par en par y vió a unos niños que jugaban muy alegremente en el patio. Tocó a la puerta y enseguida vino una señora sonriente y alegre y dijo:

"Buenas tardes, señor. Es muy tarde para estar en el camino y está lejos de la ciudad. ¿No quiere Ud. pasar la noche aquí?"

El Angel casi no pudo contestarle porque era una recepción muy distinta a la que acababa de recibir en la otra casa. Al fin respondió:

"Pues, buenas tardes y muchísimas gracias, mi señora. Ud. es muy amable y generosa. Francamente yo venía a pedir hospedaje y Ud. ha visto mi necesidad con anticipación. Le agradezco sumamente su bondad."

"No es nada, señor. Adelante. A qué está en su casa. Puede sentarse en la salita o seguir para el patio donde están jugando los niños. Allí los encontrará a la orden."

Dándole las gracias, el Angel salió al patio y la señora se dirigió a la cocina para preparar la cena. En eso llegó el señor de la casa y los dos hombres pasaron un buen rato en conversación.

A la cena, el Angel notó que todo era muy sencillo y humilde pero nunca habfa visto una familia más feliz y cariñosa. Cuando iban a acostarse, le dieron al Angel el mejor cuarto y, en todo, le trataron como un amigo de confianza.

Al despedirse de la familia la mañana siguiente, el Angel dijo:

"Es muy difícil expresar la profunda gratitud que tengo.

Me han recibido como viejo amigo sin hacerme preguntas en cuanto a quién soy, qué hago, o a dónde voy. A hora, antes de irme, quiero que sepan que soy el Angel Guardián y ando por todo el mundo en busca de gente merecedora como Vds. para hacerles algún beneficio. Voy a concederles tres deseos para utilizar como quieran."

El señor de la casa le miró con sorpresa y dijo:

"Muchísimas gracias, amigo, pero aquí estamos bien. Dios nos ha proporcionado las necesidades de la vida. Tengo mi esposa tan buena y mis hijos tan obedientes y cariñosos; así que no habrá razón para desear más."

El Angel insistió en que una familia tan buena como ésa merecía algo más que las necesidades de la vida. Al fin, el padre consintió en pedir al Angel felicidad y buena salud perpetuas para toda la familia y una finca un poquito más grande con una casa algo más amplia y cómoda. No podría desear más que eso.

En un abrir y cerrar de ojos, la finca y la casa se cambiaron a lo que deseaba el señor, y aunque no se notaban más felicidad y buena salud, todos sabían que las tendrían para siempre.

El Angel as fué entre las despedidas y gracias de la familia. Todos le invitaron a visitarlos de nuevo cuando pudiera.

La noche anterior la señora de la casa grande había tenido mucha curiosidad de saber cómo la familia pobre había recibido al extranjero. Y ahora, viendo el cambio en la casa de los vecinos, no pudo aguantar más su curiosidad y mandó a su esposo para preguntar qué había sucedido. Inmediatamente él llegó a saber acerca de la buena fortuna de los vecinos y volvió muy

enojado con su esposa por no haber dado hospedaje al extranjero la tarde anterior. Y cuando le explicó a ella acerca de los tres deseos, la señora se puso muy brava también, y los dos empezaron a reñirse. Al fin la señora dijo a su esposo:

"No peleemos más porque no vale la pena. Tengo una buena idea. Pon la silla más vieja y rota que tienes sobre el caballo más feo que hay en el establo, para que crea el Angel que somos pobres, y vete a invitarle a pasar una noche con nosotros. Quizás nos concederá tres deseos también y podemos pedir más dinero, más terrenos y una casa más grande todavía."

El esposo no quiso practicar el engaño pero al fin consintió, más bien para hacer callar a la esposa.

El Angel Guardián ya iba lejos cuando el rico le alcanzó en el camino. Después de saludarle amistosamente, el rico le pidió perdón por la falta de hospitalidad, y le extendió la invitación de una vez. El Angel le dio las gracias pero rechazó la invitación porque necesitaba seguir para la ciudad. El rico insistió e insistió tanto en que volviera, que al fin el Angel le preguntó por qué. Entonces algo avergonzado, el rico tuvo que confesar que él y su esposa querían gozar, como los vecinos pobres, de los tres deseos. El Angel contestó muy generosamente:

"Pues, no es preciso de que yo vuelva a pasar la noche con Uds. para que les conceda los tres deseos. No se preocupe más, ahora mismo se los concedo. Vuelva en paz a su casa y contente a su esposa con las buenas noticias."

Muy sorprendido, el rico le dio las gracias y enseguida emprendió el regreso a la casa sin esperar la frescura de la tardécita. Sin descanso, sufrió el calor del camino ardiente en pleno

sol del mediodía. El viejo caballejo estaba tan cansado y sudado que no podía ir a galope como quería su amo en su urgencia. El rico se disgustó con el pobre animal y por más que le picaba con las espuelas, el caballito no pudo correr más aprisa. Al fin, el hombre perdió la paciencia y dijo sin pensar:

"Este animal no sirve para nada. ¡Ojalá que se cayera y se partiera el cuello!"

En el mismo instante, se cayó el caballejo y se partió el cuello. Con esto el hombre exclamó:

"¡Ay, qué desgracia! Ahora he usado uno de los tres deseos y, en lugar de ganar algo, he perdido. Y todo porque mi esposa tonta quería engañar al Angel Guardián. Soy bruto también por haberle hecho caso. De ahora en adelante no voy a hacerme de bobo. Y peor todavía, tendré que cargar esta silla de montar."

El hombre alzó la silla a los hombros y siguió murmurando en el camino. Ya era la una de la tarde y hacía mucho calor. El sol le quemaba la frente y el peso de la silla le hacía vejigas en la espalda. Se ponía siempre más bravo y disgustado con esa idea de la señora y, al fin, perdiendo la paciencia por completo, dijo sin pensar:

"Esa mujer me causa mucha molestia. Así son las mujeres. ¡Ojalá que ella tuviera esta silla sobre los hombros!"

En el mismo instante, el rico se sintió libre del peso de la silla y se dió cuenta de la cosa terrible que había hecho, diciendo:

"¡Ay de mí! ¿qué he hecho yo en mi estupidez? He usado el segundo deseo y no he ganado ni dinero ni propiedad. Sólo he perdido. Ahora, sí, la señora me pegará porque no queda sino el

último deseo."

El pobre rico, cansado y disgustado, terminó la caminata larga. Al acercarse a la casa, empezó a oír gritos: gritos de su mujer. El señor entró corriendo en la casa y se detuvo repentinamente ante lo que vió. Allí en el suelo de la sala estaba la señora arrodillada con la silla de montar pegada sobre los hombros. La mujer empezó a regañar a gritos al marido y siguió luchando para quitarse la silla. El hombre, en verdad, tenía ganas secretas de reírse y de dejar a la esposa debajo de la silla para castigarla por su avaricia. Pero resolvió ayudarla y sacarla de la dificultad. Sin embargo, por más que se esforzaba, no pudo quitarle la silla que estaba tan pegada a la pobre mujer. Al fin, se dió cuenta de que no era posible levantar la silla y que sería preciso usar el último deseo para librar a la señora de su castigo. Con un sollozo patético, el desgraciado dijo:

"¡Ojalá que la silla de montar se cayera de la espalda de mi mujer!"

En el mismo instante, la silla se cayó y la señora se levantó del suelo. Inmediatamente los dos empezaron a reírse y a pelear. Y se dice que los ricos abandonaron tanto el trabajo de la hacienda para regañarse acerca de los tres deseos, que al fin llegaron a ser tan pobres como anteriormente eran los vecinos.

Adaptado y traducido:
Cather, Katherine Dunlap. "The Poor Man and the Rich Man."
Educating by Story-Telling.

Adaptado:
Grimm

EL ARROYO TONTO

Al salir por debajo de la montaña, el Arroyo Tonto abrió los ojos al mundo hermoso y a la luz brillante. Después de haber seguido un oscuro camino subterráneo desde que nació en el seno de la montaña, el Arroyo encontró todo muy agradable afuera en el aire puro. Cuando el Sol lo vio salir, le saludó amigablemente, diciendo:

"Buenos días, amiguito. ¿Cómo te gusta mi calor y luz?"

El Arroyo le miró con los ojos entreabiertos y respondió:

"Buenos días. Pues, me gusta mucho su calor y luz, pero ¿quién es Ud.? Nunca le he visto antes."

"Por supuesto que no," dijo el Sol, riéndose, "porque ésta es la primera vez que has salido a la luz del mundo. En verdad, has estado escondido toda tu vida debajo de la montaña y hasta ahora te despiertas y vienes a vivir en la luz. Yo soy el Sol y alumbro a todo el mundo. Tú y yo siempre tenemos mucho que hacer. Ya es tiempo de que empieces a trabajar. Pero antes de comenzar, da una mirada para atrás y dime lo que ves."

"No veo nada sino la gruta negra por donde salí."

"Eso es," añadió el Sol, "porque no hay nada más que ver. Ahora, mira para adelante y dime lo que ves."

El Arroyo miró de cerca y de lejos y contestó:

"Veo un paisaje muy bello y me gusta mucho. Hay árboles grandes, flores lindas, campos verdes, y, en medio de todo, veo un arroyo bonito de agua cristalina."

"El arroyo eres tú, Arroyo Tonto," dijo el Sol, riéndose.

"Ahora, corre hacia adelante siempre y trabaja fielmente. Hay mucho que hacer: hay que regar los árboles, las flores y los campos, y hay que proporcionar agua fresca para los pájaros y los peces. No te pongas flojo ni te detengas en el camino. Adios y que te vayas bien."

Cuando hubo terminado de hablar, el Sol ya no se reía pero era muy serio. El Arroyo se sintió algo apenado bajo la mirada fijada del Sol y se dejó deslizar entre los campos.

Por una distancia, el Arroyo corrió felizmente, brincando sobre las piedrecitas. Pero al fin, se cansó y se dijo para sí:

"¿Quién es aquel Sol para obligarme a trabajar todo el tiempo? Estoy cansado de correr tanto por estos campos. Voy a descansar un rato."

Así buscó un hueco en el valle y allí se paró. En su flojera, gozaba a su gusto porque el valle era muy hermoso: había flores y árboles de todas clases y los pájaros venían para tomar sus aguas.

Perezosamente desafiando el buen consejo del Sol, el Arroyo se decidió quedarse aquí para siempre. Por algunos días su dicha era completa. Medio dormido en la sombra de los árboles, pasaba el tiempo escuchando los cantos de los pájaros.

Pero poco a poco, al pasar los días, todo fue cambiándose lentamente. El Arroyo en su descuido no notó lo que estaba sucediendo. Sin embargo, llegó el día cuando se dio cuenta de que los pájaros ya no venían para tomar sus aguas ni cantar en sus alrededores.

Un día, el Arroyo miró al cielo y, asombrado, vio una bandada de petirrojos que volaba por encima de la montaña. Se acercaron pero no llegaron al agua. Murmurando entre sí, se fueron diciendo:

"¡No, no! ¡No nos paremos allí!"

El Arroyo Tonto no entendió lo que había oído, y se puso bravo y pretendió no hacer caso. Pero aquella noche, cayó dormido llorando, y sus lágrimas mojaron las almohadas de musgo.

Al amanecer, el Arroyo Tonto sintió próxima una voz que le decía al oído:

"Arroyo Tonto, ¡despiértate! Tengo algo que decirte."

El Arroyo abrió enseguida los ojos y allí cerca estaba un Petirrojo.

"¿Qué deseas?" le preguntó tristemente al pajarito.

"¿No sabes la razón por qué los pajaros vuelan por encima de tus aguas sin aproximarse a tus orillas para darte un saludo alegre?"

"Y ¿sabes por qué ninguno se queda para revelarte la verdad sino yo?" preguntó el Petirrojo.

"No, no sé," respondió el Arroyo Tonto. "Dime. Dime la verdad, Petirrojo."

Por supuesto el Arroyo Tonto se dio una mirada a sí mismo, y vio con asombro, en lugar de agua fresca y clara que reflejaba violetas y lirios, un charco sucio y oscuro cubierto de escoria por toda la superficie.

"Pero ¿dónde me he ido yo?" preguntó el Arroyo. "¡Este no soy yo!"

"Ah, sí, eres tú," corrigió el Petirrojo. "Te has convertido

en un charco feo porque te has flojeado aquí. ¿Por qué no has obedecido al Sol?"

"Ahora sí, lo haré," dijo el Arroyo Tonto. Y, agitándose y haciendo oleaditas, el Arroyo procuró correr otra vez pero no era posible empezar. Sus pies estaban enredados entre la mala hierba y envueltos en las hojas muertas y sucias.

"Te ayudaré," ofreció bondadosamente el Petirrojo. Y, acercándose al agua, cogió en su pico hoja tras hoja vieja, quitándolas del camino por donde debía correr el Arroyo.

Pero al quitar unas hojas del agua, caían otras, traídas por el viento, de los árboles cercanos y tapaban de nuevo el canal de salida. Al fin el pobre Petirrojo vio que era imposible y se sentó a descansar.

Luego el Arroyo Tonto comenzó a saltar por aquí y por allá, llorando desesperadamente todo el tiempo. Hacía mucha brisa aquel día y las hojas y los ramitos seguían cayendo sobre el agua. Los pájaros seguían volando por encima de los árboles sin mirar para abajo. Al fin el Arroyo Tonto dejó de hacer el esfuerzo de correr y dijo llorando:

"Moriré aquí. Moriré aquí."

Y la brisa llevó el lamento y repitió, suavemente, "Morirá aquí. Morirá aquí." Con estas palabras tan desconsoladas, el Petirrojo inclino tristemente la cabeza sobre el pechito rojo.

De repente se le dió una idea al pájaro, y, saltando del arbusto y aleteando agitadamente, trino en alta voz, "No llores más, querido Arroyo; llamaré a quien nos ayude."

Se fué volando lejos para traer a una bandada de petirrojos que hacia una peregrinación. Había tantos pájaros en la bandada que pronto sacaron del agua todas las hojas y los ramitos, y gritaron al Arroyo Tonto:

"¡Salta y corre, Arroyo Chico! Ya no seas tonto."

Y con esto, el Arroyo brincó de alegría y, saltando sobre las piedras blancas entre los campos verdes con sus flores lindas, corrió como un riachuelo loco por todo el valle entre las montañas.

"¡No pares nunca!" gritaron todos los petirrojos. "Sigue corriendo, amigo. ¡Adelante! ¡Siempre, adelante!"

Adaptado y traducido:

Bailey, Carolyn Sherwin. "The Silly Little Brook." Stories Children Need.

Adaptado:

Sidney, Margaret. The Stories Polly Pepper Told. Lothrop Publishing Co.

EL NIÑO CUMPLIDO

Una vez un niño, que se llamaba Pedro Rivas, estaba en camino para su casa después del colegio. Iba pensando con mucho entusiasmo en la pelota que su papá le había regalado el día anterior. Pensaba en el equipo que los muchachos del barrio iban a organizar. Parecía que la distancia a su casa se hacía más larga aquella tarde, tan intenso era su deseo de llegar para jugar un rato antes de la comida. Sabía que quizás sus amigos estarían esperándole y se puso a correr. Llegó a la casa casi sin aliento y, apenas saludando a su mamá, fué a su cuarto para sacar su pelota.

Al pasar por la cocina para salir al patio, su mamá le detuvo diciendo, "Lo siento mucho, Pedro, pero tengo que pedir que te quedes aquí en la casa para cuidar al bebecito. No he tenido con quien dejarlo hoy y me es preciso ir al mercado."

"Pero mamá," dijo Pedro, cabizbajo y triste, "Los muchachos y yo vamos a organizar un equipo de pelota esta tarde y están esperándome."

"Sí, hijo mío, pero ¿qué hacemos con tu hermanito?"

"Bueno," dijo Pedro, esperando resolver el problema para no tener que quedarse en la casa, "Eso es muy sencillo. Lo ponemos aquí en el piso con sus juguetes y yo vendré de vez en cuando para ver si está bien."

"Pero recuerda bien que Juanito se para solo ahora. Esta mañana se paró al lado de la mesita en la sala, haló el tapete y rompió el florero que había encima. El fogón está prendido y listo para hacer la sopa y siempre temo que el chiquito se quemé

si se acerca demasiado. Tú eres el único que me puede ayudar y tengo que confiar en que no abandones a tu hermanito."

Con un esfuerzo enorme, Pedro detuvo un sollozo, hundió las manos en los bolsillos, miró el piso para que su mamá no viera las lágrimas en los ojos y contestó: "Muy bien, Mamá, puedes confiar en mí. No saldré a jugar."

"Muchas gracias, Pedro. Regresaré tan pronto como pueda y quizás tendrás un momento para jugar antes de la comida," dijo la señora saliendo con la canasta en el brazo.

Con un suspiro, y poniendo una cara muy triste, el pobre Pedro recogió unos juguetes para que se entretuviera Juanito y se sentó en la puerta para esperar el regreso de su mamá.

Muy pronto Pedro oyó los gritos de sus compañeros: "¡Pe-e-e-dro! ¡Pe-e-e-e-dro!" llamaron todos. Pedro se quedó como una piedra y no respondió a los llamados. No recibiendo contestación alguna, varios muchachos vinieron para averiguar la causa de la demora de Pedro.

"¿Qué te pasa? ¿Por qué no vienes a jugar?" preguntaron todos a una voz.

"Tengo que cuidar a mi hermanito. Mi mamá tuvo que ir al mercado," contestó el desconsolado Pedro.

"Déjalo solo. El está contento jugando con su caballito. Tu mamá no va a saberlo si sales un ratico a jugar con nosotros," insistieron los muchachos.

Seguramente Juanito podría quedarse solo por un momento nada más. Parecía tan contento jugando con su caballito. El no iría

para la cocina todavía. Siempre las mamás temen y se imaginan tantas cosas que nunca pasan. Así quedó razonando Pedro mirando hacia el patio que tanto le invitaba. No podría sino vacilar entre el deber y la tentación. Tan atractiva era la tentación que se levantó y abrió la boca para decir que iría a jugar cuando, como un relámpago, le vinieron las palabras de su mamá: ". . . . tengo que confiar en que no abandones a tu hermanito."

De repente, Pedro se enderezó, levantó la cabeza y dijo: "No amigos, no puedo dejar a mi hermanito. Vayan a jugar y estaré con Vds. cuando regrese mi mamá."

Al irse los niños, Pedro volvió la vista para mirar al hermanito quien estaba robándole un rato tan agradable. ; Pero Juanito no estaba ahí!

"¡Juanito! ; Juanito! ¿Dónde estás?" gritó Pedro dirigiéndose a la cocina, recordando lo que su mamá le había dicho acerca del fogón.

Lo que llegó a la vista de Pedro le hizo voltearse el corazón. El bebecito se había parado frente al fogón y estaba en el acto de extender la manecita para coger una brasa. ; que horror! En dos saltos, Pedro estaba a su lado cogiendo entre sus brazos el cuerpecito del bebé.

"¡Gracias a Dios, no te quemaste!" dijo el tembloroso Pedro dándole besos al hermanito.

Al regresar la mamá, encontró a sus hijos sentados en el suelo, los dos jugando con el caballito.

"Muchas gracias, Pedro. Ahora puedes ir a jugar."

Pedro se sintió feliz y pasó un rato muy agradable jugando con su pelota antes de la comida. Como prefería no recordar el susto que había recibido en la tarde, no dijo nada a su mamá de lo que había sucedido.

Aquella noche, la Sra. de Rivas fué a oír la oración de su hijo antes de decirle buenas noches, como de costumbre. Pedro iba terminando la oración cuando de repente, como que hubiera recordado una cosa, quedó en silencio por un instante y después dijo: ". . . . y Padre, te doy gracias por haber salvado a mi hermanito esta tarde. Amén."

Y con una sonrisa, abrió los ojos y le dió un beso a su mamá, diciendo: "Buenas noches, mamacita."

Sin embargo la señora, en lugar de decirle buenas noches, no pudo sino preguntar: "Pedro, ¿por qué le diste gracias a Dios en tu oración por haber salvado a tu hermanito?"

Entonces Pedro le refirió todo lo que había pasado en la tarde. La señora quedó pensativa por un momento y, besándole, dijo: "Pedro, tú eres muy valiente."

"¿Cómo valiente, mamacita?"

"El valor, hijo mío, no se manifiesta solamente en las cosas grandes, sino también en las cosas pequeñas de la vida. Esta tarde mostraste varias clases de valor: mostraste valor cuando me obedeciste sin quejarte; mostraste valor cuando rehusaste aceptar la invitación de los muchachos; mostraste valor cuando salvaste a nuestro Juanito; y finalmente, mostraste valor cuando te pusiste a jugar muy cariñosamente con tu hermanito cuando preferías estar afuera con tus amiguitos. Recuerda bien, Pedro,

no sólo son valientes los soldados que pelean en las grandes batallas, ni los presidentes que gobiernan a sus pueblos, ni los cazadores que se arriesgan para matar los animales salvajes. Cuesta valor también vivir la vida diaria; cuesta valor rechazar la tentación, obedecer a los padres, estudiar bien en el colegio, tener paciencia con los otros miembros de la familia, y muchas otras cosas. Tú te has probado y esta tarde te demostraste ser un niño muy valiente. Verás que, si lo permites, Dios siempre te ayudará a ser valiente."

Pensando en estas palabras consoladoras y animadoras, Pedro cerró los ojos y se durmió en seguida. Pasó la noche soñando con sus amiguitos y sus juegos interesantes de pelota.

Miller, Ruth Bland de

LA LEYENDA DEL AMARGON

Hace muchísimos años, el Angel de las flores vagaba por todo el mundo, por los campos, bosques y jardines, en busca de la flor que más le agradaba. Un día encontró un tulipán feliz, anaranjado y rojo, parado recto y arrogante en un jardín, y el Angel le preguntó:

"De todos los sitios que tú conoces, ¿dónde prefieres vivir?"

"Prefiero vivir en el prado de un castillo," contestó el tulipán, "donde hay grama aterciopelada y donde mis colores se despliegan contra las paredes del castillo. Me gusta también que venga la princesa y me diga que soy hermoso."

Pero el Angel, con una mirada triste, se despidió del tulipán orgulloso y se fué. Más tarde se encontró con un rosal, y, después de saludarlo, le preguntó:

"De todos los sitios que tú conoces, ¿dónde prefieres vivir?"

"Me gusta trepar las paredes del castillo," respondió el rosal, "porque soy frágil y delicado, y no puedo subir solo. Necesito amparo y sostén."

El Angel no ^{se} sintió satisfecho ^{de} con esta contestación y, despidiéndose del rosal, siguió la búsqueda.

Al pasar una tarde por un bosque sombreado, el Angel descubrió una violeta linda que crecía a la orilla de un arroyo, y le propuso la misma pregunta:

"De todos los sitios que tú conoces, ¿dónde prefieres vivir?"

"Prefiero vivir aquí en la sombra del bosque donde estoy escondida del mundo," replicó la violeta tímidamente. "El agua del arroyo refresca mis raíces y los árboles me protegen los colores bellos contra el calor del sol."

El Angel se despidió de la violeta y siguió tristemente su camino, hablando para sí:

"Verdad es que las flores son muy semejantes a los humanos. Muchas personas no quieren sufrir dificultades ni gastar energías para poder salir más fuertes y robustos. Otras prefieren retirarse del mundo donde nadie las moleste ni les pida ayuda. Y otras personas exigen apoyo en lo que tengan que hacer y elogio por lo poquito que lleven a cabo."

El Angel se sintió muy desanimado pero no se dejó abandonar su misión. Un poco más tarde, al salir de un bosque hacia los campos abiertos, el Angel empezó a sentirse más alegre, porque, allí adelante, vio un paisaje bello. Así desde lejos, la tierra parecía cubierta de un manto dorado que reflejaba la brillantez del sol. Al acercarse más, el Angel vio que era un campo de amargones, y enseguida le hizo a uno de ellos la misma pregunta que hacía a las otras flores, diciendo:

"De todos los sitios que tú ^{es,} conoces, ¿dónde prefieres vivir?"

"¡O, Angel de las flores!" gritó el amargón, "me gusta vivir donde los niños felices pueden encontrarme cuando vayan a la escuela o cuando jueguen en el campo. Me gusta vivir al lado de los caminos, en las praderas y en los jardines. También me gusta crecer entre las piedras de los andenes y en los patios

pequeños de la ciudad. Pero, sobre todo, me encanta hacer feliz a todo el mundo por mi color bello y brillante."

"querido amargón," respondió el Angel, acariciéndole la cabeza dorada, "tú eres la flor que me agrada más. En recompensa por tu bondad, serás permitido florecer desde la primavera hasta el otoño, y todos te conocerán como flor de los niños. Crecerás en todas partes y tendrás una vida larga y feliz."

Adaptado y traducido:
Bailey, Carolyn Sherwin. "The Legend of the Dandelion." Stories Children Want.

EL PUERQUECITO DESCONTENTO

En los tiempos antiguos cuando, según se dice, los hombres y los animales se hablaban los unos a los otros, había un puerquecito gordo con colita torcida. Vivía solo en una casita cerca del pueblo y todos los días trabajaba en su huerto. Si brillaba el sol o si caía la lluvia, él cavaba la tierra con el azadón, arrancaba la mala yerba por entre las hileras, ponía estacas a las plantas de tomates y aflojaba el suelo cerca de las zanahorias. El puerquecito se aplicó tanto a su tarea que la fama de sus verduras finas pasó por siete provincias, y todos los años ganaba el premio real en la exposición regional.

Pero después de algunos años, el puerquecito se cansó de trabajar sin cesar por tantos veranos. "¿Qué importa si produzco las verduras más finas del reino?" meditó el gordito. "Tengo que trabajar como un esclavo para cultivarlas. Voy a salir al mundo ^a para ver si hallo un modo más sencillo ^{de} para ganar la vida."

Pronto puso llave a la puerta de su casa, cerró la reja del huerto, guardó todas sus herramientas y se marchó por el camino.

Unas tres millas largas viajó el puerquecito cuando llegó a una choza casi escondida en una arboleda linda. Música melodiosa sonaba alrededor de él y el gordito se sonrió porque tenía buen oído para la armonía dulce.

"¿Qué bonita la música!" exclamó el puerquecito. "Voy a buscarla."

Pues, el que hacía la música era Tomás, el gato, quien moraba en aquella casita y ganaba la vida tocando el violín.

Estaba parado en la puerta moviendo el arco para arriba y para abajo sobre las cuerdas de su violín y el resultado fué muy agradable.

De repente le vino una idea al puerquecito; seguramente este ejercicio de tocar violín sería mucho más fácil que cavar en el huerto.

"¿Quisieras tú enseñarme a tocar el violín, amigo?"

Y Tomás, mirándole por encima del arco, hizo seña afirmativa con la cabeza y contestó:

"Con mucho gusto. Haz lo que hago yo." Y le entregó el arco y el violín.

El puerquecito los tomó en las manos y empezó a mover el arco por las cuerdas, pero ^{mientras} ~~entre~~ más trataba de imitar al gato, peor sonaba. Esta sí no era música que deleitaba al oído de nadie. Más bien parecía los chillidos de su hermanito cuando se les acercaba el lobo.

"¡Ay de mí!" exclamó el gordito. "¡Esta no es música!"

"Por supuesto que no," negó el gato con la cabeza. "Tú no has aprendido todavía. El que quiera tocar el violín, tiene que practicar muchos años."

"Entonces es mejor que yo busque otro trabajo," reflexionó el puerquecito. "Pues, eso sería peor que quitar maleza del huerto."

Con estas palabras, devolvió al gata el arco y el violín y se marchó por el camino.

Anduvo un trecho largo hasta que llegó a una cabaña donde vivía un perro que hacía quesos. Al acercarse, el puerquecito

vió que amasaba y amoldaba pastillas de leche cuajada y le pareció un trabajo muy sencillo.

"¿Te gustaría enseñarme a amasar quesos, amigo?" le preguntó al perro. "Creo que ése sería buen negocio para mí."

Por supuesto el perro estaba dispuesto a favorecerle, y en un momento el gordito estaba trabajando al lado de su amigo. Como hacía mucho calor aquel día, se cansó y suspendió el trabajo para abanicarse un momento.

"¡No, no!" gritó el perro. "Así tú echarás a perder el queso. No hay ningún descanso hasta que el trabajo se termine."

El puerquecito abrió los ojos estupefacto y exclamó:

"¡De veras! Bueno, si así es, éste no es trabajo para mí. Sería más penoso que cultivar verduras o tocar violín. Voy a buscar algo menos fatigoso."

Con estas palabras, se despidió del perro y se marchó por el camino.

Al pasar por la puente de un río ancho, vió un campo verde con muchas flores, y, en medio de todo, un hombre sacaba miel de las colmenas.

"¡Ah!" exclamó el gordito, "Este sí es el trabajo para mí. Debe ser muy agradable vivir entre las flores y, de vez en cuando, tener un bocado de miel. A demás, los panales no son pesados para levantar; sería más fácil que hacer quesos y no se sudaría tanto tampoco."

El puerquecito corrió rápidamente para pedir trabajo y el plan le agradó tanto al hombre como a ~~el~~ sí mismo.

"Hace años que busco quien me ayude con las colmenas,"

dijo el abejero. "Puedes comenzar a trabajar enseguida."

Le dió al puerquecito una máscara con velo largo y un par de guantes, advirtiéndole que los ajustara bien, y le mandó a alzar un panal de miel de la colmena.

El gordito se apresuró a hacerlo, enroscando la colita con entusiasmo al haber encontrado un negocio que no parecía tener desventaja alguna. Pero, no sabiendo que hay que tratar la abeja con mucha suavidad y respeto, empezó a meter bruscamente las manos a la colmena. De repente, empezó a brincar y a gritar, porque con zumbidos furiosos, las abejas le atacaron. Se metieron debajo del velo y dentro de los guantes. Le picaron en los dedos, en la boca, en las orejas y aun en la punta del hocico. Y, lanzando chillidos agudos, el puerquecito dejó caer la miel y empezó a correr para el río.

"¡No te vayas! ¡No te vayas! ¡Vuélvete!" gritó el hombre cuando vió que su nuevo empleado se habia echado al agua para quitarse las abejas.

Al fin, el puerquecito sacó la cabeza del agua y contestó con un g^luido fuerte:

"¡No, no! Las abejas me picaron. No me gusta ese trabajo."

El hombre meneó la cabeza sabiamente y dijo:

"Por supuesto te lastimaron. A mí me lastiman y me pican también, pero eso es parte del trabajo. No se puede ser abejero sin sufrir algunas picaduras."

El puerquecito se despidió del hombre y se fué reflexionando de esta manera:

"Parece que todos los trabajos tienen algunas desventajas

y presentan tareas desagradables. Para tocar el violín, hay que practicar tanto que le duele el brazo; para amoldar quesos, no se puede parar a descansar; y para sacar la miel de las colmenas, hay que sufrir muchas picaduras de abejas. Después de todo, el trabajo en mi huerto no es tan malo; es mejor que me vuelva allí enseguida."

Cuando llegó a su casa, le entró un entusiasmo profundo para continuar a cultivar las verduras. Empezó a aflojar la tierra con el azadón y a sacar la mala yerba. Cantaba todo el tiempo y no había puerquecito más feliz en toda la provincia. Todos los años llevaba sus verduras a la exposición y siempre ganaba el premio real. De vez en cuando venían a visitarle el gato, el perro y el hombre y siempre les regalaba unas verduras de las más bonitas.

Adaptado y traducido:

Cather, Katherine Dunlap. "The Discontented Pig." Educating by Story-Telling.

EL AGUA DE VIDA
(Leyenda de Hawaf)

Hace muchísimos años un buen jefe sufrió una enfermedad muy grave. Parecía que el Gran Espíritu estaba al punto de llevarle al Reino Azul en el cielo. Los tres hijos del jefe estaban sentados al lado de su lecho y lloraban porque no eran capaces de ayudar a su padre en su extremidad.

De repente se presentó un viejito^{ec}, como si hubiera aparecido del aire libre, y, después de averiguar la causa de la tristeza, dijo en una voz inolvidable:

"El agua de Kane da salud a los enfermos y aun vida a los muertos."

El viejo desapareció pero el mensaje impresionó tanto a los hijos que siguieron repitiéndolo hasta que lo dijeron también a su padre.

"Es verdad," replicó lentamente el jefe. "Pero el camino es largo y el peligro es grande. Mejor es que me muera yo en la vejez que ninguno de vosotros en la juventud."

El hijo mayor se levantó y salió del cuarto. Olvidando su tristeza se dijo:

"Es evidente que aquél que traiga el agua de Kane a mi padre será su predilecto y reinará sobre los otros dos. Yo mismo traeré el agua."

Y, cogiendo una calabaza, corrió impetuosamente hacia los cerros altos, siguiendo una senda oscura que, según el viejito^{ec}, conducía para arriba a las regiones de las almas^{de los} fallecidas. Mientras continuaba por el bosque, no se preocupaba por su padre

enfermo, sino pensaba sólo en la fama que sería suya si pudiera restaurar la salud del jefe. Al fin del tercer día, bajó a un valle grande y siguió el sendero por la obscuridad de la selva. De pronto, en un lugar aislado, encontró a un enano feo y harapiento, parado al lado de un arbusto. Este le cogió la mano y le dijo:

"¡Detente un momento! Quiero hacerte una pregunta."

"No se meta en lo que no le interesa," respondió furiosamente el hijo del jefe. "Voy en una misión muy importante y no tengo tiempo para contestar preguntas de cada Fulano en el camino."

Con estas palabras groseras, sacudió bruscamente la mano del enano y siguió a toda carrera.

Pues, sucede que aquel enano era rey de la selva, y las palabras del joven incitaron en él una gran ira. Levantó la voz y dijo en forma de profecía:

"El camino del egoísta será siempre torcido, estrecho y lleno de peligros hasta que termine en el lugar de donde no habrá regreso."

Repentinamente el hijo del jefe notó muchas vueltas en el camino, vió plantas enredaderas por todas partes e iba dando tropiezos en la obscuridad. El sendero se ponía todavía más estrecho hasta que terminó, por completo, debajo de una planta peligrosa cuyos ramos le apretaron y le tomaron preso para siempre al cuerpo del joven.

Pasaron los días, y el hijo mayor no volvió. El segundo hijo comenzó a pensar acerca de su futuro.

"Es evidente," se dijo con malicia, "que mi hermano ha fallecido preso de algún obstáculo. Esta será mi oportunidad para

llegar a ser el predilecto de mi padre y después reinaré sobre este pueblo."

Así pensando, el joven cogió una calabaza grande y salió para probar su suerte. En el tercer día, llegó al bosque denso y oscuro. Allí encontró al enano parado en el mismo lugar donde lo había visto el hermano mayor.

"¡Detente un momento!" gritó el enano, "quiero hacerte una pregunta."

"Cállese hasta que vuelva," contestó ásperamente el joven. "Por lo pronto, quítese del camino. Hablaremos más tarde."

Con esta descortesía, empujó al enano y se rió cuando éste se cayó de espaldas sobre un tronco de árbol.

"El camino del egoísta será siempre torcido, estrecho y lleno de peligros hasta que termine en el lugar de donde no habrá regreso," amenazó el hombrecito.

Enseguida el joven notó muchas vueltas en el camino, el cual, a la vez, se hallaba siempre más estrecho hasta que terminó, por completo, debajo de la planta cuyos ramos le cogieron preso al infeliz.

Transcurrieron muchos días y, viendo que su padre se empeoraba, el hijo menor se dijo:

"Estoy muy triste. Hace tiempo que se fueron mis hermanos. No sé qué suerte les habrá tocado a ellos y mi padre continúa sufriendo hasta la muerte. Yo mismo me iré y quizás puedo tener éxito en donde ellos se encontraron con la derrota."

Pero su padre temió los resultados de la idea propuesta, y razonó de esta manera:

"No te vayas, hijo. Tú eres el único que tengo ahora. Si emprendes esta aventura, puede ser que caigan mis tierras y mi pueblo en manos de algún extranjero. Déjame morir en paz confiando en que tú estés aquí para gobernar en mi puesto."

Pero el hijo menor contestó llorando:

"¿Qué me valen el poder y las riquezas, mi querido padre, en comparación a su buena salud y felicidad? Además, quizás seré capaz de librar a mis hermanos de su mala suerte."

El joven no se demoró más, y, cogiendo una calabaza grande, se precipitó hacia la montaña. Al tercer día, llegó al fondo del bosque y se encontró con el enano quien le esperaba en su sitio acostumbrado.

"¡Detente un momento!" le gritó el enano. "Quiero hacerte una pregunta."

El joven se paró y ofreció cortésmente:

"No soy sabio y mi alma está triste por causa de la enfermedad de mi padre. Sin embargo, hágame la pregunta y haré lo mejor posible para contestarla."

"Una pregunta sencilla es," continuó el enano. "¿Necesitas tú ayuda?"

"La respuesta es más sencilla todavía," sonrió el joven. "Sí, de veras, necesito ayuda. Dígame, amigo bondadoso, estoy en el camino derecho que conduce a las aguas de Kane?"

"El que sirva desinteresadamente estará siempre en el camino derecho," profetizó el enano. "Sin embargo, a fin de que no tengas dificultades, lleva este bastón porque, a su golpe, el camino se abrirá delante de tí, no importa qué sea el obstáculo:

la selva, el agua o una pared de piedras. Pues, escucha bien mis palabras. Al fin de este camino, encontrarás un palacio, y en mitad del patio de adentro, está la fuente de Kane. Golpea en las paredes con el bastón y una puerta se te abrirá. Date prisa al llenar tu calabaza con el agua de vida, porque al dar las doce en el reloj de la torre, las paredes se cerrarán para siempre."

El joven le dió las muchas gracias al enano y se fué alegremente. Encontró el camino tan plano como la playa del mar. En tiempo debido, llegó al palacio, dió un golpe en la pared con el bastón y pasó adentro. Siguió por unos corredores largos hasta que llegó al patio en el interior.

El joven quedó inmóvil ante la belleza que se le presentaba. Por supuesto, la fuente de Kane se destacaba entre todo: las aguas de vida saltaban del manantial y se brotaban alegremente en el aire, formando vapores delicados que subían hacia el cielo. Los rayos del sol se bajaban, difundiéndose con ellos y creando un arco iris perfecto suspendido arriba de la fuente. Los pájaros de alas resplandecientes venían a beber a las orillas del agua, y se oía el canto armonioso de los ruiseñores que volaban entre las flores. Unas doncellas bellas, sentadas en cojines de musgo, tejían redes luminosas con que pescar los peces dorados que nadaban en las aguas frescas del manantial.

Tan estupendo era el espectáculo que el hijo menor todavía no podía hacer nada sino quedarse fijo con los ojos llenos de admiración. De repente, sintió que una mano le tocaba el brazo.

^{Se} Volteó la cabeza y, a su lado, vió una doncella hermosa con cabello de oro.

"Llena pronto la calabaza," ella le advirtió con voz gentil y dulce, "porque se aproxima la hora de las doce."

El joven saltó hacia la fuente, llenó la calabaza y dió una vuelta para salir.

"Puesto que tú eres tan bueno," dijo la doncella, "iré a la casa de tu padre para calmarle algo el sufrimiento."

"¡Muchas gracias. Te esperaré!" gritó el joven brincando por la apertura en la pared que enseguida se cerró detrás de él.

Con pasos largos, el joven regresó sobre la montaña y por el valle de obscuridad, y el enano le esperaba en la sombra del arbusto.

"Tengo el agua," le saludó diciendo, "y, gracias a Vd. mi padre estará sano y fuerte otra vez."

"Estoy contento," añadió el viejito, "porque tú eres un hijo obediente y cumplido."

"Mi corazón pesa ahora por mis hermanos perdidos," continuó el joven. "¿No podría Vd ayudarme a librarlos de su destino fatal?"

"Los egoístas no pueden gozar de mi ayuda," respondió el enano con palabras desconsoladoras. "Ellos mismos tienen la culpa de haberse enredado en las plantas de muerte y tristega. Por lo tanto, date prisa; tu padre está al punto de morir."

En la tarde del tercer día, el hijo menor entró en el cuarto de su padre y enseguida le hizo tomar un vaso del agua de vida. Estaba contento de ver a la doncella del cabello de oro que, cumpliendo con su promesa de venir, acariciaba con manos frescas la frente calurosa del enfermo.

El gran jefe siguió mejorándose bajo el cuidado cariñoso de la doncella. Y el joven, viendo su belleza y su dulzura, no pudo menos ^{de} que enamorarse de ella. Y ésta, viendo la bondad y valentía del joven, se enamoró de él también.

Así es que pronto se casaron los dos jóvenes con una ceremonia muy suntuosa. Hubo un gran banquete para todo el pueblo y muchos músicos asistieron para tocar sus instrumentos. Aun vino una bandada de ruiseñores desde la fuente de Kane para cantarles la felicidad perpetua. La música y la alegría resonaban por los cerros y penetraron el bosque hasta llegar a agradar los oídos del enano feo que descansaba al lado del arbusto.

Y éste, con una sonrisa en el rostro arrugado, exclamó bondadosamente:

"El gozo sigue siempre las pisadas de aquéllos que, con corazones limpios, sirven a los demás y, para ellos, el agua de vida no se agota jamás."

Adaptado y traducido:

Egan, Joseph Burke. "The Waters of Life." New Found Tales from Many Lands.

LAS TRES ESTATUAS

(Leyenda persa)

Appaji era un hombre muy sabio y consejero del gran rey, Irayar. Muchas y maravillosas eran las cosas que hacia, hasta que, con el tiempo, todo el mundo le elogiaba tanto que su fama llegó a ser aun más conocida que la de su amo real.

En un país lejano, vivía el Pasha de Delhi, también famoso por su sabiduría. El interpretaba los secretos de los cielos y sondeaba los misterios del alma del hombre. Un día, el Pasha llamó a su lado siete emisarios de su corte y les dijo:

"Mirad! Tengo aquí en las manos tres pequeñas estatuas de bronce. Han llegado a mi poder en forma de herencia viejísima de mis antecesores. Las tres fueron fundidas en el mismo molde; sin embargo, todas se difieren tanto como el sol, la luna y las estrellas. Id, pues, a la corte del gran Irayar y poned estas estatuas delante del sabio, Appaji, y decidle que grabe al pie de cada una el significado escondido que fué fundido secretamente en ella."

Así cuando el gran Irayar vió las tres estatuas y oyó el desaffo amistoso del Pasha de Delhi, frunció la frente seriamente y declaró:

"De veras, aquí hay una prueba. ¿Cómo pueden ellas diferirse la una de la otra siendo fundidas en el mismo molde? Sin embargo, dejadme llamar a mi consejero, Appaji, para mostrárselas."

El hombre sabio vino al llamamiento de su rey. Tomó en las manos las tres estatuas y las examinó detalladamente de pie a

cabeza. Y, de veras, vió que fueron fundidas en el mismo molde. Las golpeó ligeramente con una varita de oro y todas resonaban con el mismo tono. Luego las puso afuera en el sol y todas se calentaron al mismo grado de calor. Entre muchas otras pruebas, no notó ninguna diferencia.

"De verdad, el Pasha me ha puesto un desafío grande. Permitidme, señores, retirarme a mi escritorio con estas estatuas para que pueda dedicarme solito a esta prueba. Tendré que examinarlas de una manera más secreta."

Dentro de una hora, Appaji volvió y, al pie de cada estatua, había grabado un mensaje corto.

Las palabras en la primera eran, "El hombre sabio guarda su juicio."

El mensaje en la segunda era, "El hombre común aprende sólo para olvidar."

Y la última estatua tenía estas palabras, "El hombre tonto no tiene secretos del mundo."

Los siete emisarios del Pasha de Delhi se rieron, diciendo, "Vd. sí ha escrito mensajes sabios al pie de las estatuas, ¡O, Appaji! pero solamente el Pasha sabrá si éstas son las respuestas correctas de la prueba."

Regresados a su país, los siete emisarios pusieron en manos del Pasha las tres estatuas. El leyó las palabras grabadas al pie de cada una y exclamó:

"Este Appaji es un sabio verdadero. Ha descubierto lo que ha quedado escondido por más de mil años. Pero ¿cómo? ¿No os dijo cómo había resuelto este misterio de mis antecesores?"

"Puesto que es hombre de mucha sabiduría, no dijo nada," respondió el mayor de los emisarios.

"Entonces preparaos para regresar allá, porque no puedo descansar hasta que sepa cómo averiguó él este secreto."

Cuando los emisarios volvieron a la presencia de Appaji, éste se sonrió y sacó del bolsillo un hilo de oro tan delicado que parecía un pelo dorado. El erudito metió este hilo por un agujero pequeñísimo de una estatua, y, enseguida, la punta del hilo salió por la boca .

"Mirad el hombre tonto," explicó el sabio. "Lo que entra por el oído, sale por la boca."

Por la oreja derecha de la segunda estatua, el hilo pasó hasta que la punta salió por la oreja izquierda.

"Mirad el hombre típico," agregó el consejero famoso. "Lo que entra por un oído, sale por el otro enseguida."

Apenas se había metido el hilo en la oreja derecha de la tercera estatua, cuando se dobló y no entró más.

"Mirad el hombre sabio," terminó Appaji. "Oye bien, retiene todo y guarda su juicio."

Adaptado y traducido:

Egan, Joseph Burke. "The Three Images." New Found Tales from Many Lands.

COSTALES PARA SOL

(Leyenda suiza)

Las aguas del lago Thun en Suiza reflejan el imagen de la aldea de Werlingen con sus techos rojos y torres delicadas. Aquí en este pueblo, hace muchos años, un hombre necio ocupó el puesto de alcalde y se encargó de todos los negocios del pueblo.

Todo el mundo sabía que era un tonto; sin embargo, puesto que era un orador listo y tenía semblante de sabio y tal porte serio, fué elegido a su puesto año tras año y fué obedecido implícitamente como si hubiera sido, en realidad, un hombre juicioso y noble.

Cuando llegó el tiempo de construir el nuevo palacio municipal, por supuesto el alcalde ocupó el primer puesto en la conferencia. Después de abrir la sesión, no dió la palabra a otro, sino siguió hablando y proponiendo todos los planes. Cuando cualquier persona ofrecía una sugestión, el tonto no hacía caso sino alzaba la voz y seguía hablando. Tan dominantes eran sus palabras que, al fin, todos los consejeros dieron cabezadas y quedaron medio dormidos, y aprobaron cualquier proyecto que el alcalde dictaba. Así pasó que cuando se concluyeron los arreglos, nadie notó que ni una sola ventana fué incluida en el contrato.

Puesto que las ventanas eran caras, y puesto que el arquitecto confiaba en el juicio de los consejeros, él no dijo nada acerca de la omisión, sino siguió poniendo piedra sobre piedra. Al fin, el techo fué puesto y el nuevo palacio municipal quedó completamente edificado hasta lucir la alfombra larga en el

salón del consejo.

Cuando llegó el día de la dedicación del edificio, el alcalde y los consejeros se fueron temprano para estar seguros de que todo estuviera en orden, pero aunque el sol brillaba afuera, adentro el salón estaba más obscuro que una cueva cerrada.

"Abran las ventanas," mandó el alcalde.

"No hay ventanas," dijo el arquitecto.

"¿No hay ventanas?" exclamó el tonto incrédulo. "¿Cómo sucedió eso?"

"Ninguna ventana fue indicada en los planos," afirmó el arquitecto.

Y lo que éste dijo era la pura verdad. Aunque el alcalde y los consejeros examinaron los planos con microscopio, no hallaron ni señas de ventana en ninguna parte.

"¡Qué fracaso tan triste es éste!" exclamó un consejero.

"Es lo que merecemos por haber confiado en un tonto," observó otro.

"Vd. nos ha metido en este lio," dijo el tercero, dirigiéndose al alcalde. "Ahora muéstranos sus grandes talentos. Haga alumbrarse este salón para que no nos tropecemos en la obscuridad."

De veras, el alcalde estaba sumamente preocupado, pero no se le ocurrió pedirles perdón a los consejeros por no haber escuchado sus sugerencias. Se sentó en el sillón y se rasgó la cabeza primero por un lado y luego por el otro lado. Al fin, dió un salto como si le hubiera picado una avispa, y gritó:

"¡Lo tengo! ¡Tengo un plan magnífico! ¡Oigan, todos!

Váyanse enseguida, y que traiga cada hombre un costal grande del

del tamaño para trigo."

Sin explicarles más, el alcalde los despidió a cumplir su orden. El se quedó sentado en el sillón sonriéndose sabiamente y meneando la cabeza hasta que regresaron los consejeros, cada uno con su costal.

"Alumbrar este salón, o cualquier otro lugar obscuro es la cosa más sencilla," les informó el alcalde necio. "¿Por qué no se me ha ocurrido antes esta idea? ¡Tan superior es que el uso de velas! Pero así mueven las cosas en el mundo. Los grandes pensamientos, como las montañas y los mares, nacen lentamente. Pero todo va bien ahora. Tomen sus sacos y vengán conmigo."

El alcalde condujo a los concejales por las calles de la ciudad hasta que llegaron a los prados del campo abierto.

"Ahora, abran los costales y lléñenlos, hasta el borde, de la luz brillante del sol. Luego, ciérrenlos bien y llévenlos con cuidado al salón obscuro."

"¿Qué tontería es ésa?" preguntó un concejal; pero él y los otros llenaron los sacos exactamente como les había mandado su jefe.

Al regresar al salón del consejo, el alcalde gritó:

"Pues, aquí hay cuarenta costales llenos de la luz del sol. Esa debe ser suficiente luz para alumbrar toda una ciudad. Les prometo que, si no hay luz en abundancia para alumbrar el salón, ya no seré alcalde de esta aldea ni un día más. ¡Abren los costales! ¡Dejen salir la luz!"

Por supuesto, el interior de los sacos estaba tan obscuro como el exterior y el salón quedó sin rastro de luz. Al fallar

esta prueba, se escapó un lamento de desánimo de todo el pueblo.

"¡Ay!" suspiró un hombre, "Eso es lo que sucede por haber ejecutado las ideas de un tonto."

"¡Levantémonos, amigos!" "¡Echemos a este presuntuoso en las aguas del lago Thun!"

Pero cuando trajeron luces para buscar al alcalde, ya se había fugado. Quedaron atrás unos hombres más sabios, pero, a la vez, más tristes, porque a ellos les tocaba la responsabilidad de corregir todos los errores y tonterías del necio escapado.

Adaptado y traducido:

Egan, Joseph Burke. "Bags of Sun." New Found Tales from Many Lands.

EL RATON DE ORO
(Leyenda hindú)

Un día una viuda pobre llamó a su hijo y le habló de esta manera:

"Hijo mío, tú sabes bien que somos muy pobres, pero he hecho todo lo posible para darte buenas enseñanzas. En tus venas fluye la sangre de mercader y dentro de tu alma mora el espíritu de tu padre honrado. Vete al mundo y emprende algún negocio por el cual puedes defenderte contra el hambre."

Pues, por casualidad, vivía en la misma ciudad un comerciante muy sabio y rico. El acostumbraba prestar dinero y dar consejos a los jóvenes que estuvieran interesados en emprender algún negocio. Inmediatamente Sabú, porque así se llamaba el hijo de la viuda, pensó en él y dijo para sí:

"Quizás el comerciante me ayudará si me presento correctamente delante de él."

Cuando Sabú llegó a la casa del gran negociante, le encontró hablando con un joven desconocido. El sabio estaba bastante enojado con el joven y le regañó a gritos, diciendo:

"Te ayudé una vez y perdiste todo lo que te di. No es más oro que necesitas, sino más juicio; y eso no puedo proporcionarte."

Luego el comerciante señaló un ratón muerto en el suelo y continuó:

"Si supieras usar correctamente los talentos que Dios te ha dado, podrías ganar una fortuna con el cuerpo muerto de ese ratón."

Al oír estas palabras el joven desconocido le dió una sonrisa de desprecio y salió con desdén.

Pues, Sabú se acercó al sabio y dijo:

"Señor comerciante, acabo de oír lo que dijo al otro joven y le doy las gracias por la oportunidad que me ha dado. Permítame ponerle en las manos este recibo por el ratón. Si habla Vd. la verdad, yo haré mi fortuna con este muerto y algún día le traeré de recompensa un ratón de oro."

Con estas palabras, Sabú recogió el ratón y salió, dejando atrás al comerciante que manoseaba la barba gris y contemplaba al joven con ojos divertidos y medio cerrados.

El joven se sentó bajo un árbol fuera de la ciudad para considerar el futuro y el modo de tener éxito de una manera honrada.

"Es claro," se dijo, "que mi capital es muy limitado. Por lo tanto, debo buscar el mejor mercado. Esto quiere decir que tengo que vender el ratón donde se necesite y donde yo pueda realizar todo su valor. ¿Quién lo apreciará más que un gato que puede comerlo? ¿Quién me pagará más dinero que el amo que tiene que alimentar al gato?"

Reflexionando así, Sabú dió un salto y llevó el ratón a una mujer rica que tenía tantos gatos que muchas veces le costaba dificultades para proporcionarles alimento. Ella le dió cinco monedas de cobre por el ratón.

Otra vez, Sabú se sentó debajo del árbol y consideró de nuevo el modo honrado de ganarse la vida.

"Es cierto," se declaró, "que mi dinero todavía es muy poco. Sin embargo, he convertido el cuerpo muerto de un ratón en capital de cobre. Esto es algo. Ahora, ¿en qué puedo invertir los cinco cobres para ganar una moneda de plata?"

Mientras pensaba así, tenía los ojos abiertos. Una mujer pasó por el camino y Sabú se dijo para sí, "Podría venderle encajes si los tuviera."

Un muchacho pasó y el joven pensó, "Podría venderle un juguete si lo tuviera."

Luego pasó un comerciante rico y Sabú se dijo, "A éste podría vender una joya si la tuviera. Pero ¡ay de mí! mis cinco cobres no comprarán ninguna de estas cosas."

En aquel momento pasaron cinco leñadores cargados de bultos pesados. Todos los pobres venían quejándose por la sed que tenían y uno dijo, "Tengo la lengua más seca que un pedazo de leña. ¿Qué daría yo por un refresco de avena?"

Oyendo estas palabras del leñador, Sabú dió un salto y se dijo, "Ah, ¡qué idea tan buena!"

El joven corrió toda la distancia a la ciudad e invirtió las cinco cobres en avena y azúcar. Luego partió una calabaza grande y cinco calabazas pequeñas y las limpió bien, haciendo así dos vasijas grandes y diez tacitas.

Sabú sacó agua fría y limpia de un manatíal e hizo una mezcla con la avena y el azúcar. El refresco estaba sabroso y el joven se dijo muy contento:

"No habrá mejor lugar de venta que bajo este árbol porque cuando lleguen los hombres a este punto, ya habrán subido un

cerro alto en pleno sol. Tendrán sed y no hay agua cerca para tomar."

Se sentó debajo del árbol al lado del camino y, al aparecer el primer leñador en su próximo viaje, Sabú empezó a gritar:

"¡Un refresco de avena por diez pedazos de leña! ¡Un refresco, señor, un refresco!"

Se vendió todo el refresco en un momento y los leñadores quedaron muy contentos, diciendo, "Es néctar. Nunca he probado una bebida tan deliciosa."

Después de que se fueron los hombres, el hijo de la viuda recogió los pedazos de leña y los hizo astillitas para prender fuego. Arregló las astillas en paquetes para vender a dos centavos y pasó por las calles de la ciudad gritando:

"¡Astillas, astillitas para vender! ¡Fácil de quemar, pronto para prender! ¡Ados centavos las astillas!"

En poco tiempo, Sabú vendió todos los paquetes de astillas y, al fin del día, vio que había ganado cinco monedas de plata.

Temprano ^{por} en la mañana siguiente, se sentó debajo del mismo árbol fuera de la aldea con otra cantidad de refresco de avena en las vasijas y con las tacitas bien limpias. Mientras esperaba la llegada de los leñadores, se dijo para sí:

"Tengo que hacer planes para el uso de las monedas de plata. Vamos a ver: pude vender el ratón muerto porque los gatos sufren hambre; puedo vender el refresco porque los leñadores sufren sed; puedo vender las astillas porque la gente tiene que prender fuegos. Ahora ¿qué me queda para escoger? El pueblo tiene necesidad de ropa y zapatos; tiene necesidad de divertirse;

sufre del frío en el invierno y del calor en el verano. ¿Qué negocio honrado puedo escoger del cual me rindan más monedas de plata? Puesto que el invierno se aproxima y los bosques están lejos, quizás es mejor que siga con las ventas de refresco y de astillas. Ahorraré el dinero y, con la ganancia, compraré un terreno pequeño donde crecen los árboles. Así cuando empiece el tiempo de frío, tendré madera para vender para calentar las casas."

Fiel a su resolución, Sabú siguió vendiendo refrescos y astillas durante todo el verano largo y caliente. Al llegar el invierno, tenía tantas piezas de oro que no cabían en las dos manos. Desde entonces todo era sencillo. Era fácil comprar terrenos con árboles; era fácil emplear a suficientes hombres para cortar la leña porque les pagaba un sueldo justo; también era fácil conseguir burros para llevar la leña a la ciudad porque no les ponía cargas demasiado pesadas.

Así que todo le salió bien para el joven porque trabajó fielmente y obró honradamente con todo el mundo. Siempre mandaba dinero a su madre para que ella no tuviera que trabajar más y ayudaba a los pobres que tanto abundaban.

Pasaron unos años y, al fin, Sabú llegó a tener tantas riquezas como el comerciante sabio. Y, no olvidando la promesa que le había hecho al rico, el hijo de la viuda fue un día al taller de un platero, diciéndole:

"Señor platero, tengo una deuda que pagar. Quiero que me haga un ratón de oro."

"Y ¿desde cuando se pagan las deudas con ratones de oro?"

preguntó el platero sorprendido.

Sabú le refirió la historia del ratón muerto y siguió con el negocio.

"Pues quiero un ratón de puro oro. Lo deseo perfecto desde los bigotes hasta la colita," explicó el comerciante joven.

Así lo hizo el platero y así lo llevó Sabú a su amigo y benefactor, diciendo:

"Pues, aquí tiene el ratón muerto vuelto a Vd. moldeado en oro como le prometí hace algunos años. Deseo expresar mis gracias por el ratón muerto que me dió, porque, de veras, sobre la base de aquel regalo sencillo, he amontonado la fortuna que poseo hoy día."

"Da las gracias solamente al dueño de tus talentos, hijo mío," dijo el sabio. "Me regocijo contigo y te felicito porque tú has probado que, sin duda, el trabajo duro y honrado es la llave que abre la casa de tesoros."

Adaptado y traducido:

Egan, Joseph Burke. "The Golden Mouse." New Found Tales from Many Lands.

EL REY ORGULLOSO

Erase una vez en un país lejano un rey joven, rico y poderoso pero dominado de una gran soberbia. Tanto era su orgullo que oyendo un día en la iglesia el himno que se dice:

"El Señor humilló a los poderosos y ensalzó a los humildes", se puso muy enojado y ordenó que se cambiaran todos los himnarios del reino para que este verso se cantara así: "El Señor ensalzó a los poderosos y humilló a los humildes." Y Dios, viendo este acto de egoísmo, resolvió castigar al rey y mandó a un ángel a remediar la situación.

Un día de calor, el rey fué a bañarse en los baños reales. Los cortesanos le dejaron solo a gozar el agua fresca. Estando el rey adentro, el ángel apareció y se vistió de la ropa del rey, y, en cambio, le dejó la suya harapienta y sucia. Luego el ángel tomó la apariencia del rostro y cuerpo del rey y salió a encontrarse con los cortesanos, diciendo:

"¡Vámonos, cortesanos! Un banquete nos espera en el palacio."

Entre tanto, el rey se cansó de esperar que vinieran a buscarle los cortesanos, y salió del baño. ¡Imaginase su sorpresa de notar que no sólo sus servidores sino también su ropa se habían desaparecido! El rey se enojó mucho cuando llamó a gritos y no le contestó nadie, y ^{mientras} ~~entre~~ más llamaba y buscaba, más rabioso se ponía. Al fin, no había remedio y tuvo que vestirse en los harapos de mendigo que le había dejado el ángel. Jurando vengarse de una burla tan inaudita, el rey se fué a toda carrera hacia el palacio para comenzar a castigar a los

culpables.

Para que nadie le viera con un disfraz tan feo, el rey cogió camino para una puerta escondida del palacio, tocó con mano imperiosa y a gritos mandó:

"¡Qué se abra la puerta! ¡Ven, corre! ¡Soy el rey!"

Y el portero, rabioso de ser molestado, abrió el portón y contestó:

"¿Por qué tocas aquí a la hora de la siesta? ¿Cómo te atreves^a a interrumpir el descanso del rey? ¿Ignoras que él duerme después de haber pasado la mañana en los baños?"

El soberano juraba que él era el único rey, amenazando con castigos fuertes a quienes no le reconocieran como tal.

"¿Tú, el rey, eh? ¿El rey, eh?" burló el portero, y sacó su bastón y le golpeó sin compasión, dejándole en mitad de la calle.

Con mucho dolor, el rey se levantó del suelo diciéndose:

"Iré al palacio de la reina mi mujer. A lo menos ella me conocerá y me ayudará a tomar tremenda venganza."

Se arrastró trabajosamente al palacio de la reina y, con tono humilde, pidió ver a ella. El comenzó a relatarle su cuento triste pero la reina, viéndole tan sucio y mal vestido, no le reconoció y no pudo creer lo que decía. Se terminó enseguida la entrevista y ella llamó a los guardias para echarle afuera, lo que fue hecho en medio de muchos golpes y puñadas.

Muerto de fatiga y cubierto de heridas, el monarca fue a pedir que le curaran en el hospital de caridad. El pobre ya no tenía fuerzas para mantener su furia contra nadie.

Después de algunos días y repuesto de sus males, el rey salió del hospital esperando volver a su trono. Sin embargo, nadie creía que era el rey y, puesto que no era capaz de ganar la vida con ningún oficio, tuvo que pedir limosna o morir de hambre. Y la gente le tenía por loco y le hacía mofas porque siempre andaba diciendo que era el rey.

Pasó mucho tiempo y, poco a poco, se fueron apagando los fuegos de la cólera del monarca, y en su lugar, nacía una profunda compasión por los pobres. Tanto fue su dolor de arrepentimiento, que le pesaba más haber ofendido al cielo y a los hombres, que haber perdido su trono. Ya no se preocupaba por sí mismo sino por la pobreza que le rodeaba. Ya no le dolían las burlas de los muchachos malvados tanto como las condiciones adversas en que ellos tenían que vivir.

Al ver Dios la contrición verdadera del rey, mandó que un ángel le buscara por toda la ciudad. Este le encontró en medio de la inmundicia de la calle recibiendo las burlas de los transeúntes. Le llevó al palacio, entregándole al primer ángel que todavía ocupaba el trono, y se desapareció. Los cortesanos, reconociéndole como el que andaba por las calles diciendo que era el rey, echaron a reírse de él y el ángel tuvo que callarlos para que escucharan la historia del abandonado. Al principio no quisieron creer lo que oyeron pero, al fin, el ángel levantó la mano en señal de silencio y explicó:

"Vuestro rey dice la verdad y a él y no a mí habéis de obedecer. Para castigarle su soberbia, Dios ordenó que yo

ocupara su trono y le mandó al presuntuoso a vivir como un pordiosero para que comprendiera el sufrimiento de los que tanto oprimía. Ya ha aprendido la humildad y le devuelvo a su trono para que según su voluntad os gobierne."

Con estas palabras, el ángel le entregó la corona y el cetro al rey que lloraba a sus pies. Entre los aplausos de los cortesanos, el ángel le levantó, le sentó otra vez en su trono, y luego se desapareció en el aire libre.

Aquel monarca reinó largos años en paz, rodeado del sincero cariño de sus sujetos porque había aprendido a gobernarlos con amor y consideración.

Adaptado:

Manuel, Juan. Editado por Medora L. Ray y Ruth A Bahret. "El Rey Orgullosó." El Conde Lucanor.

LA PRIMERA POSADA DE MARIA

María Tello no quería regresar el segundo día a la escuela. La familia acababa de mudarse al pueblo de un lugar muy remoto en la sierra. Todo era extraño para la niña y las otras muchachas la habían desdeñado porque ella estaba pobremente vestida. Había una niña en su clase que se llamaba Lucila Olivares, hija de un rico, y era muy popular en su grupo, pero no había recibido bien a la niña reciénvenida. María siempre había tenido muchas ganas de vivir en el pueblo y de asistir a la escuela primaria, pero después de un día con las otras que se burlaron de ella, la pobre estaba muy triste. Sin embargo ella no dijo nada a sus padres y fué el segundo día a sufrir el mismo tratamiento.

Era el tiempo de Navidad y se habían empezado a celebrar las posadas. María tenía mucha curiosidad por ver una posada, porque había vivido tan apartada que nunca había asistido a tal fiesta.

Para aquella noche, Lucila había convidado a todos los niños de su clase, menos a María, a la posada en su casa. Los niños estaban tan animados durante el día que no hablaban de otra cosa, pero María estaba muy triste y quería volver a la sierra.

Al anochecer, María oyó los gritos y las voces felices de los niños en la gran casa cercana. Sin decir nada a sus padres, salió de su casa y se acercó silenciosamente a la reja de la casa de Lucila. La niña pobre quedó maravillada ante la brillantez de la escena que se le presentaba. El patio estaba

adornado con luces multicolores; había flores de Navidad por todas partes y en el corredor colgaban dos piñatas grandes. Un grupo de niños cantaba coplas al acompañamiento de una guitarra, y otro grupo, sentado en las gradas estaba en medio de una conversación animada. A un lado, una criada abrió la puerta del comedor que daba para el corredor, y por la suave luz de muchas velas, se podía discernir una mesa bien cargada y repleta de pasteles, galletas, dulces y toda clase de golosinas que se acostumbran servir en las posadas. Todo esto le tenía tan encantada a María que no oyó los pasos de un señor que se le acercaba.

"Buenas noches, chiquita. ¿Quién eres tú y por qué no estás adentro con los otros niños?"

"Buenas noches, señor. Yo soy María Tello. Acabamos de mudarnos de la sierra y no conozco a los otros niños. Además, no me invitaron a la fiesta."

El hombre notó que casi estaba para llorar la pobrecita, y le preguntó, "Serás tú la hija de Jaime Tello que vivía cerca de Carmelo en la sierra?"

"Sí, señor, soy su hija." El hombre no dijo más sino que abrió la reja y la invitó a entrar.

María quedó muy sorprendida al saber que el hombre era el padre de Lucila. Se acercaron al grupo de niños y el señor Olivares levantó la mano en señal de silencio. Lucila no saludó a María y no podía entender por qué su papá la había dejado entrar.

"Quiero presentarles a una nueva amiguita," anunció el señor.

Al mismo tiempo, él notó la falta de cortesía para con la niña pero siguió hablando.

"¿Recuerdan ustedes que hace dos años estuve yo en una expedición de caza en la sierra? ¿Quiéren oír la historia?"
Todos a una vez dijeron que sí.

"Serían las tres de la tarde y me había separado de los otros cazadores. No me había dado cuenta que me quedaba nada más que un cartucho de munición. De repente y con suma sorpresa, vi un gato montés agachado listo para brincar sobre mí. Yo disparé con mucha prisa y, en vez de matar al animal, no hice nada más que herirlo. Esto lo puso furioso y se preparaba para atacarme. Yo grité a mis compañeros porque no llevaba otra arma con que defenderme. Llamé otra vez y cuando creía que pronto vendría el fin de mi vida, un campesino, armado solamente de un machete, salió de la maleza, corriendo directamente hacia el gato. Aquello era una locura. Lucharon los dos y el campesino logró al fin matar el animal, pero salió herido. Este hombre tuvo que pasar varios días en cama curándose los rasguños profundos hechos por el gato montés. ¿Por qué había expuesto este campesino su vida en un momento tan peligroso? No fué por causa de una amistad entre nosotros, pues no nos conocíamos de antes. Sin embargo él sufrió por salvar la vida a un extraño. Este campesino era Jaime Tello, un hombre de sumo valor. Y como ustedes saben, yo le respeto mucho y haría cualquier favor que me pidiera. Creo que ustedes no saben que la compañera que tengo a mi lado es Marfa Tello, hija del hombre a quien debo la vida. En esta ocasión tengo mucho gusto en presentarles a una nueva amiga.

Espero que la reciban ustedes una huésped de honor mientras voy a invitar a sus padres a la fiesta."

Lucila se olvidó completamente de su orgullo y corrió a abrazar a la reciénvenida, diciendo, "Siento mucho mi mala conducta para contigo en la escuela y quiero que me perdones y me aceptes como amiga sincera. Y ahora tú te vas a quedar para la fiesta."

María perdonó enseguida a Lucila y desde aquella noche la rica y la pobre se hicieron amigas para toda la vida.

Miller, Ruth Bland de

EL LORO DEL EMPERADOR

El gran emperador Carlomagno tenía un loro muy fino y bonito de colores brillantes, el cual sabía hablar bastante y servía de mucha diversión para su majestad. Pero un día, por un descuido, el sirviente que lo cuidaba lo dejó escapar de la jaula. El rey sintió tanto su pérdida que ofreció una recompensa generosa por la captura del pájaro.

Una mañana temprano, un aldeano que se llamaba José, estaba desyerbando su maíz y tuvo la buena fortuna de coger el loro y exclamó:

"¡Qué suerte para un pobre como yo! Ahora quizás me dejarán entrar en el salón del trono y veré cara a cara a su majestad."

Sin demora, trató el asunto con su buena esposa para que ella le ayudara a arreglar su ropa y a averiguar como comportarse en la corte. La señora le remendó los calcetines, le almidonó bien la camisa, sacó su traje de boda del baúl y lo planchó, y le embolsó los zapatos. El aldeano se vistió y se puso su sombrero de copa que había cepillado bien y su mujer le dijo con una sonrisa dulce:

"Hombre, te ves muy hermoso para un aldeano. Tú eres inteligente y estoy confiando en que hagas una buena impresión sobre el rey. Hasta luego, Pepe. Que te vaya bien y que vuelvas pronto."

Con esa despedida animadora, José salió para la capital lleno de mucho entusiasmo para ver al gran emperador. Al llegar en Ghent, el aldeano entró venturosamente al palacio pero, de repente, una voz autoritativa le gritó:

"¡Alto, campesino! ¿Quién eres tú para entrar aquí sin permiso? ¿Qué no te acerques más!"

Era el capitán de la guardia quien procuró impedir la entrada de nuestro héroe. Pero el aldeano no se dejó disuadir tan fácilmente y dijo resueltamente:

"Pido una entrevista con el emperador."

"¿Por qué tanta urgencia, viejo?" le preguntó el guardia con desdén.

"Estoy devolviendo el loro al emperador," replicó el campesino. Con orgullo, levantó el faldón del largo saco, y le mostró una jaula en la cual trafa el pájaro.

"Vaya, pues; esto altera algo el asunto," observó el capitán quien sabía que el emperador ofrecía un premio generoso al hallador de su loro.

"Sin embargo," continuó, "no te permitiré pasar si no prometes darme la mitad de la recompensa."

"Acordado," asintió José y siguió para adentro.

Cuando llegó a la presencia del rey, le devolvió el loro con toda la galantería posible. Su majestad estaba lleno de gozo de tener otra vez su pájaro predilecto, y enseguida dió órdenes para que se le entregara al aldeano la recompensa. Pero José levantó la mano y detuvo al sirviente que iba por el premio, diciendo:

"Quisiera hacer una sugestión, si me lo permite su majestad."

"Por supuesto," respondió el emperador. "Pide lo que quieras."

"Muy bien, en vez de darme una remuneración de oro, ruego

que me de un par de golpes en la cabeza."

Al oír una petición tan rara, el rey y sus cortesanos quedaron atónitos, luego echaron a reírse, creyendo, naturalmente, que el hombre hablaba en broma. Pero, al fin, viendo que el aldeano hablaba en serio y que insistía en recibir los golpes como premio, el emperador se encogió de hombros, bajó del trono y le dió dos golpes bien fuertes en el cráneo.

José le dió muchas gracias, hizo una reverencia de cortesía y salió del salón con una sonrisa en los labios. Al alejarse, podía oír todavía las carcajadas de los cortesanos pero no les hacía caso. Con porte indiferente, pasó el portón de entrada como si hubiera olvidado su promesa al capitán de la guardia.

"¡Alto, hombre!" le gritó el guardia. "¿A dónde vas con tanta prisa?"

"Voy a mi casa," contestó muy inocentemente el aldeano.

"¿Si acaso habrás olvidado el acuerdo que hicimos antes que entraste en el salón?" le recordó el capitán, sobándose las manos.

"¡Anda, pues, tienes razón!"

Y dando una vuelta, se acercó al capitán y le dió un puñetazo tan fuerte en la cabeza que le hizo ver todas las estrellas del firmamento. En medio de la sorpresa y la furia, el guardia se levantó del suelo tan pronto como pudo y echó a gritar insultos al pobre aldeano, diciendo:

"¡Bribón! ¡Pícaro! ¡Así me pagas la parte mía? Veremos el castigo."

Cogiéndole bruscamente por la nuca, el guardia hizo para

tomarle preso al aldeano desgraciado. Vinieron otros guardias a ayudar al capitán y todos gritaron:

"¡Pongámosle en la cárcel! ¡Vamos a encerrar a este bellaca!"

Así maltratado, nuestro campesino no tenía la menor idea de soportar tanto ultraje y se puso a dar patadas y golpes por todos lados. Se formó tanta bulla que aun el emperador salió para averiguar la causa y quedó estupefacto cuando supo que un aldeano humilde se había atrevido a pegar al capitán de su guardia. "

"¿Cómo has tenido la audacia de golpear a un oficial de mi corte? Tú has cometido una falta muy grave en despreciar la autoridad."

"Señor, su majestad," replicó el buen hombre, "perdone Vd., pero yo no he despreciado de ninguna manera la autoridad de la guardia."

"¡Vamos, hombre, vamos!" le recordó el rey, "¿Cómo puedes negarlo cuando acabas de dar golpes al capitán?"

"Pues, sí, su majestad," se defendió cortésmente José, "es verdad que pegué al guardia, pero fué que él mismo lo exigió."

"¡Explicate, hombre! ¿Qué es esto?"

"Bueno, señor, para conseguir permiso de entrar en el palacio y para tener el privilegio de devolverle a Vd. el loro, tuve que prometer dividir el premio con el capitán. El mismo exigió la mitad de la recompensa. Ahora, su majestad, ¿no es verdad que Vd me dió dos golpes? Y ¿no es cierto que la parte que le tocaba a él fué uno de esos golpes? Este es todo el asunto, señor, y Vd. puede juzgar entre nosotros."

"¡Oigan, cortesanos!" exclamó el emperador, "Este aldeano

no es ningún bobo. El ha sido bendecido de mucha inteligencia. Necesitamos hombres como éste que sepan tratar a los engañadores y cohechadores como el capitán."

El rey le despidió al aldeano y le mandó en paz a su casa. La buena esposa le recibió gozosamente y oyó con gran interés el relato de sus experiencias en el palacio.

El día siguiente, un mensajero del emperador llevó una invitación real para que fuera José a servir a su majestad. Así, el aldeano y su buena esposa se fueron a vivir en Ghent y José sirvió con esmero hasta la muerte a su gran emperador.

Adaptado y traducido:

Bosschere, Jean de, "The Emperor's Parrot," Christmas Tales of Flanders.

EL AMOR ESCONDIDO

Juan vivía en un jacal en las montañas de Oaxaca. Tenía buenos padres y dos hermanitas que le amaban mucho. Su familia era muy pobre y él, como los otros muchachos de aquella vecindad, tenía que pastorear las cabras en el campo. Había otras tareas también y de vez en cuando se cansaba de su suerte, hasta pensar en salir de su casa.

"¡Juan, levántate!" llamó la voz de su madre. "Date prisa. Ya es hora de salir al campo."

Juan estaba muy cómodo acostado en su petate envuelto en el zarape y no quería levantarse.

"¡Hijito mfo! Andale. Tráeme la leña." La segunda vez había algo de impaciencia en la voz de su madre, pero todavía no se levantó Juan.

"¡Juan! Te voy a castigar si no vienes corriendo."

Oyendo estas palabras, Juan se levantó con muy mala voluntad. Se vistió lentamente hablando para sí, "No hay paz en esta casa para un muchacho. Siempre mamá me hace trabajar. Tengo que traer la leña, ir al pasto con las cabras, traer maíz y ¿quién sabe? cuantas cosas más. Me parece que tengo que trabajar más que los otros muchachos. Así son las mamás. Nada más nos gritan todo el día, "Andale, date prisa, vete, vente! ¡Ay de mí! Así es la vida."

Y con todas estas quejas fué a desayunarse. ¡Tortillas y café! ¡Tortillas y café! ¿Por qué no quería su mamá preparar otra cosa? Estaba de tan mal humor que no tomó casi nada.

Juan llevó las cabras al campo. Salió amorrado y no se despidió de su madre con su sonrisa acostumbrada. Hacía sol pero Juan no lo sentía; cantaban los pájaros pero no los oía; el camino estaba guarnecido de flores pero no las notaba. Todo estaba al contrario para el pequeño pastor.

Toda la mañana, el niño la pasó pensando. Podía ver a otros pastores de su edad en las montañas y se preguntaba si ellos también se cansaban de sus hogares y de sus madres. Aquella mañana, en particular, Juan estaba aburrido con todo y quería irse lejos de su casa porque pensaba que nadie le amaba. Se sentía muy desdichado y abandonado con tales pensamientos.

La mamá de Juan era como la mayor parte de las madres; no estaba ciega en cuanto a la conducta de su hijo. No dijo nada pero puso para su almuerzo no solamente sus tortillas, frijoles, y café sino también un huevo y un dulce de calabaza.

Al tomar el almuerzo, Juan notó la diferencia de alimento pero no lo atribuyó a la bondad de su madre. "Fue por casualidad, nada más," dijo el niño.

Eran las tres de la tarde y el sol estaba para esconderse detrás de la montaña. Una calma profunda se asentó en el pequeño valle en donde Juan pastoreaba las cabras, y él se puso siempre más triste.

De repente, Juan sintió algo extraño. ¿Qué le estaba pasando? Una piedra venía rodando cuesta abajo por el lado de la montaña. Su cabeza estaba como dándole vueltas y se sentía a punto de desmayarse. Y desde muy lejos en la calma se sintió un ruido indistinto. Juan se dió cuenta de lo que estaba ocurriendo.

"¡Un temblor!" el pequeño pastor oyó gritar su propia voz.

Todo el valle tembló: los árboles altos, las flores, las piedras, las cabras que parecían mudas de terror, y aun las montañas gigantescas fueron sacudidas --todo se rindió a la fuerza del poder escondido. El ruido subterráneo se aumentó y el pobre niño estaba tan espantado que no sabía a dónde correr.

Juan pensó en su familia. ¿Estarían seguros? ¿Habrían escapado del peligro? ¿Les habría caído por encima la casita? Continuaba el temblor y el niño recordó sus palabras y pensamientos de la mañana. ¿Cómo pudo tener tales ideas? No se había despedido de su mamá, y ¿cómo quisiera verla en aquel momento!

Al fin, cesó el temblor y Juan corrió hacia su casa sin fijarse por donde se habían ido las cabras. A cada paso, la conciencia le picaba, diciéndole, "Tú has sido un muchacho muy ingrato. Sabes muy bien que tu mamá te ama, y es tu deber ayudar a tus padres. Tienes una obligación hacia ellos, porque, aunque son pobres, hacen mucho por tí."

Juan corrió todavía más aprisa. Una vez se cayó lastimándose las rodillas y otra vez se cortó la mano con una zarza. Pero a pesar de todo, no cesó de correr. Lloró y sus lágrimas casi le cegaron.

Pero ¿qué veía no muy lejos en el camino? ¿Era una visión? El niño secó las lágrimas y se fijó en la figura en frente de sus ojos. ¡Era su madre! Ella venía corriendo con los brazos extendidos.

Llenos de gozo, los dos se abrazaron. "¿Estás tú bien, hijito mío?" preguntó la madre con ansia.

"Si mamá, ¿y tú y papá y mis hermanitas?"

"Todos estamos bien, Juanito. Estábamos en el campo de maíz cuando vino el temblor. Se destruyó la casa pero si trabajamos mucho, podremos reconstruirla. ¿Dónde están las cabras?"

Se pusieron a buscar las cabras y después de recogerlas volvieron a la casa destruida. El padre y las niñas ya habían arreglado las vigas pequeñas para protegerse contra el frío de la noche. Fue una familia muy triste, la que se sentó aquella noche alrededor del fuego al lado de las ruinas.

Al anoecer, Juan ayudó a su madre como nunca antes, y cuando trajo los últimos pedazos de leña, le dijo a ella, "Mamá, yo he sido un muchacho muy ingrato y lo siento muchísimo."

El niño quedó en silencio un momento y, de repente, se puso radiante su cara y habló otra vez, "Mamá, vamos a trabajar y pronto tendremos una casa nueva, que será más bonita y mejor que la otra. Soy tan hombre que ya puedo ayudarte a tí y a papá también."

Juan hizo una pausa y al momento preguntó, "Pero mamá, ¿no me vas a perdonar por haber sido tan malo?"

"Si, ¿cómo no? hijito mío. Te perdoné antes de que me hablaste."

Miller, Ruth Bland de

BIBLIOGRAFIA

- Bailey, Carolyn Sherwin. Merry Tales for Children. Springfield, Mass.: Milton Bradley Co., 1938.
- Bailey, Carolyn Sherwin. Stories Children Need. Springfield, Mass.: Milton Bradley Co., 1932.
- Bailey, Carolyn Sherwin. Stories Children Want. Springfield, Mass.: Milton Bradley Co., 1931.
- Betts and Hawthorne. Methods in Teaching Religion. Chicago: Abingdon Press, 1925.
- Bryant, Sara Cone. How to Tell Stories to Children. New York: Houghton Mifflin Co., 1924.
- Cather, Katherine Dunlap. Educating by Story-Telling. New York: World Book Co., 1918.
- Cuyás, Arturo. Appleton's New Spanish-English and English-Spanish Dictionary. New York. D. Appleton and Co., 1926.
- Egan, Joseph Burke. New Found Tales from Many Lands. Philadelphia: The John C. Winston Co., 1930.
- Eggleston, Margaret W. The Use of the Story in Religious Education. New York: Harper (Corresponding Publisher), 1920.
- Fenner, Phyllis R. Adventure Rare and Magical. New York: Alfred A. Knopf, 1945.
- Finger, Charles J. Tales from Silver Lands. Garden City, N.Y.: Doubleday, Doran & Co., Inc., 1935.
- Gag, Wanda. Tales from Grimm. New York: Coward-McCann, Inc., 1936.
- Hawthorne, Marion O. Knights of Service. Chicago: Abingdon Press, 1923.
- Horne, H. H. Story-Telling, Questioning and Studying. New York: McMillan, 1916.
- Lang, Andrew. The Blue Fairy Book. Philadelphia: David McKay, Publisher, 1921.
- Literature Committee of the Association for Childhood Education. Told under the Blue Umbrella. New York: The MacMillan Co., 1937.

- Mable, Hamilton Wright. Myths Every Child Should Know.
Garden City, N. Y.: Doubleday, Doran & Co., Inc., 1935.
- Manuel, Juan. (Edited by Medora L. Ray and Ruth A. Bahret)
El Conde Lucanor. New York: Allyn and Bacon, 1922.
- Manuel, Juan. (Translated by James York) Count Lucanor. New
York: E. P. Dutton & Co.
- Patten, William. The Junior Classics. New York, N. Y.: P. F.
Collier and Son Co., 1918.
- Rasmussen, Inger Margrete. East O' the Sun West O' the Moon.
Chicago: Albert Whitman & Co., 1924.
- Sawyer, Ruth. The Way of the Story-Teller. New York: The
Viking Press, 1942.
- Sly, Wm. J. World Stories Retold Philadelphia: The Judson
Press,
- St. John, Edward P. Stories and Story-Telling. Chicago:
Pilgrim Press, 1930.
- Toro y Gisbert, Miguel de. Pequeño Larousse Ilustrado (All-
Spanish Dictionary). Paris, France: Libreria Larousse,
1931.

Myrtle E. Wood
Typist